BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

LA LLAMADA DEL COSMOS

Ralph Barby

CIENCIA FICCION





LA LLAMADA DEL COSMOS

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

440 – La era de los robots, *Joseph Berna*.

441 – Tormenta en el cosmos, *Glenn Parrish*.

442 – Zarko el Grande, *Joseph Berna*.

443 – La nave púrpura, *Clark Carrados*.

444 – ¡Súper-robot!, *Curtis Garland*.

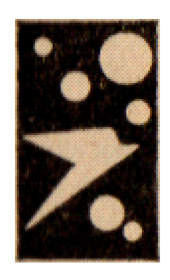
RALPH BARBY

LA LLAMADA DEL COSMOS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 445

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 42.503 - 1978

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: febrero, 1979

Concedidos derechos exclusivos *a* favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Sobre sus pesados pies, que daban pasitos rápidos pero muy cortos, el androide Robi-7 avanzaba al lado de su amo, Arthur Sinclair, el cual caminaba con zancada larga, rápida y segura. No se preocupaba de su robot biónico porque sabía muy bien que Robi-7 se mantendría a su altura y a la derecha, tal como estaba programado que hiciera.

El androide no era muy grande, su aspecto era metálico y de cristal. Poseía piernas, pies, brazos y manos y un tronco que almacenaba toda la información, la computaba y la respondía, pero su cabeza no podía decirse que se pareciera demasiado a la de un humano, aunque poseía dos ojos para calcular distancias a través de la tridimensional, y respondía mediante una bocina.

—¿Adónde va? —preguntó una azafata de servicio en la amplísima sala con suelo de mármol rojo, que poseía el centro de control espacial de la Confederación,

—Voy a ver al general Cordiev.

—Su placa de identificación, por favor.

Arthur levantó su mano izquierda. En la muñeca llevaba una cadena de acero inalterable y en la zona del pulso estaba la placa sujetada por la cadena. La azafata, una muchacha bellísima, colocó frente a la placa un pequeño artilugio, que le cabía en la palma de la mano y que poseía un ojo electrónico. Aquel aparato enviaba lo que enfocaba a la computadora general de identificaciones. Arthur Sinclair aguardó.

—Está prohibida la entrada de androides en este recinto.

—Robi-7 es especial —aseguró Arthur Sinclair, muy convincente.

—Lo siento, son las ordenanzas. Los androides pueden esperar en las taquillas.

Le señaló al fondo de la sala donde se veían unas casillas metálicas pegadas a otras.

El propio Robi-7, que había entendido perfectamente a la bella azafata, miró hacia las taquillas y se le encendieron intermitentemente tres luces azules en lo que debía ser su cabeza.

-—Parece que a Robi-7 no le gusta —observó Arthur Sinclair.

La chica sonrió, pero no cedió.

—Es muy especial su androide; de todos modos, no puede pasar y usted no deseará que lo inmovilicen. —Y miró significativamente hacia donde esperaban unos vigilantes.

Robi-7 miró hacia ellos, girando su cabeza de cristal, y se le encendió una intermitencia roja, al tiempo que decía:

—Amenaza computada, amenaza computada, espero órdenes.

—Robi-7, ve a las casillas de parking para androides y espérame.

—Orden recibida, orden recibida.

Robi-7, con sus pasitos cortos pero rápidos, atravesó por el centro de la gran sala sorteando a los humanos que encontraba a su paso.

La azafata y Arthur Sinclair aguardaron hasta que le vieron encajar dentro de una de las casillas, entre otros androides de distintos modelos, que aguardaban allí, lo mismo que él, a que salieran sus respectivos amos. Sin embargo, Robi-7 semejó adoptar una postura orgullosa y despectiva. El estaba convencido de que no era un robot biónico como los demás.

No era un robot vulgar para ir de compras y llevar los paquetes de la señora o para limpiar una casa. El era un robot altamente especializado; las cinco estrellas de oro que lucía en su pecho así lo indicaban. Por ello, soltó unos pitidos que parecieron despreciar un tanto a los otros androides que allí estaban como él, metidos en casillas, como si fueran maletas que aguardasen a ser recogidas.

—¿Lo ve? Así está mejor.

—Sí, pero Robi-7 ha debido sentirse humillado.

—No creo que sea para tanto. En cuanto a usted, Arthur Sinclair, no sé si el general Cordiev podrá recibirle, puesto que se me acaba de comunicar por línea de órdenes que no tiene usted ninguna cita programada con él.

—Avisen al general, díganle que es urgente que le vea. Denle mi nombre y me recibirá.

—Me temo que será inútil; tendrá que pedir audiencia, dar su dirección y, en cuanto le sea concedida, le avisaremos por el videoteléfono.

—El general todavía no ha dicho que no pueda recibirme —le objetó Arthur Sinclair, mordaz.

Observó primero los ojos de la bella azafata y luego bajó la mirada hacia los labios húmedos y gordezuelos, de lo cual ella se dio cuenta. Después descendió su mirada hacia los senos altos y, antes de que siguiera bajando más con su mirada, ella se apresuró a alejarse.

—Voy a preguntar…

Arthur contempló la atrayente redondez de las caderas femeninas, era algo digno de ser admirado, y más, cuando se hallaban en movimiento. Perdió esta belleza al desaparecer por una puerta y lanzó una ojeada a Robi-7, quien, captando que había sido mirado por su amo, encendió una luz verde intermitente, como diciéndole a distancia y en silencio que estaba allí, vigilante y sin problemas.

La azafata reapareció entre sonriente y amable.

—Sígame, por favor.

Arthur Sinclair siguió a la joven, ligeramente detrás. Ella, consciente de que la estaba observando descaradamente, de que la mirada del hombre estaba cargada de erotismo, sano, pero al fin y al cabo erotismo, se puso nerviosa.

Las puertas fueron abriéndose automáticamente a su paso. Se metieron en un ascensor y ella carraspeó mientras él preguntaba:

—Si la beso, ¿se lo dirá al general?

—Por favor…

—¿Qué significa ese «por favor»?

—Aquí vienen muchos graciosos como usted, no siga adelante.

—Pero ¿qué pensaba que iba a hacerle, besarla o acaso ponerle las manos en, en… cómo se lo digo?

La puerta se abrió y ella se apresuró a salir de la cabina. Al poco, entraban en un amplio despacho, con una ventana circular desde la que se dominaba la sala de control espacial.

Pantallas gigantes, cuadros de coordenadas, computadoras tecleando constantemente… Un nutrido grupo de especialistas en control espacial, astronomía y cibernética, iban y venían de un lado a otro, siempre ocupados.

En su despacho, el general Cordiev recibía los datos que exigía para poder establecer y dirigir los planes de trabajo.

—General Cordiev…

-—¡Muchacho, cuánto tiempo sin verte, estrecha esta mano!

La azafata se hizo a un lado y desapareció discretamente al comprobar que el general, de ordinario malhumorado, recibía muy cordialmente al recién llegado, que tenía aires de aventurero.

—General, tenía que hablar con usted.

—Me habría gustado comer en cualquier parte contigo; hubiéramos charlado y quizá hasta habría logrado convencerte para que te inscribieras de nuevo en las Space Forcé.

—General, ya sabe que no renové el contrato por tener problemas en mantener la disciplina. Me cuesta recibir órdenes e incluso darlas.

—Yo sólo sé que eres uno de los mejores pioneros interplanetarios que hemos tenido. Tenía muchos proyectos para ti, muchacho, pero colgaste el uniforme y te largaste. Ya me explicarás qué ha sido de tu vida estos dos últimos años.

Pulsó un botón y miró el dietario electrónico para comprobar qué fecha tenía libre.

—Podemos quedar para comer el día…

—General, por favor, le pido un minuto.

—¿Un minuto? —alzó su rostro para encararse con Arthur Sinclair

—. ¿Qué es lo que quieres decirme, deseas reingresar? Si es así, lo arreglaremos en seguida.

—Un momento, general, tengo algo muy confidencial que comunicarle.

El general Cordiev, antes de sentarse en su butaca, dio un vistazo a través de la ventana semicircular, como para comprobar que todo iba bien y dijo:

—¿De qué se trata?

—Se acerca un planetoide extraño a nuestro sistema estelar.

—¿Un planetoide extraño? ¿Qué tontería es ésa?

Ante el ceño fruncido del general, Arthur Sinclair prosiguió :

—Sí, se acerca un planetoide. Dentro de poco tiempo entrará en nuestro sistema solar. Si fuera un planeta, establecería su órbita en torno al sol, según la atracción que el propio sol ejerciera sobre el planeta y siempre según su masa y volumen, pero me temo que no es un planeta vulgar, sino un planetoide errante.

—No tenía ni la más ligera idea de que un planetoide errante se acercara a nuestro sistema. Si mi departamento lo hubiera detectado, ya se me habría comunicado.

—Le voy a dar unas coordenadas, general. Puede advertir a sus hombres para que establezcan una vigilancia de detección de cuerpos espaciales extraños y, si detectan el planetoide de que le estoy hablando, me llama.

Arthur Sinclair hizo ademán de marcharse. El general se puso en pie y le retuvo:

—Aguarda, aguarda un momento...

A través del videófono de órdenes, el general pidió que investigaran en las coordenadas que el propio Arthur acababa de proporcionarle.

—Y ahora, muchacho, ¿cómo sabes tú que se acerca un planetoide extraño que, además, por lo que pareces insinuar, no establecerá una órbita, sino que entrará radialmente en nuestro sistema estelar?

—Es eso exactamente lo que pienso, general, y ése es el motivo por

el que he venido a verle.

—¿Has venido a ponernos sobre aviso? —preguntó, algo irónico.

—Sí, creo que ese planetoide debe ser investigado antes de que avance demasiado dentro de nuestro sistema. De no hacerlo, podríamos tener una desagradable sorpresa, cuando ya fuera demasiado tarde.

—Vaya, vaya... —Se medio sentó en el borde de la mesa, puso la diestra bajo la axila izquierda y con la zurda se acarició la barbilla, pensativo—. De modo que crees que se acerca un planetoide que puede constituir un peligro para nuestro planeta.

-Exactamente, general, y he venido a pedirle una nave para que me permita investigar ese planetoide, antes de que haya cruzado la órbita de Júpiter.

—¿Una nave? Muchacho, ¿crees que esto es un almacén de compra y venta de naves usadas? Esto son las Space Forcé de la Confederación.

—Lo sé, general, lo sé muy bien, por eso tiene las mejores naves interplanetarias. Me ofrezco como voluntario para investigar ese planetoide.

—¿Por qué tanto interés en un planetoide del que no sabemos aún nada? Nuestro centro no tiene todavía comprobación de que exista.

Se encendió el videófono, reclamando atención.

—Un momento, muchacho...

El general Cordiev atendió al aparato y, al poco, volvió a mirar a Arthur Sinclair.

—Bueno, debo corregirme a mí mismo. He de decir que no teníamos comprobación de que ese cuerpo celeste extraño existiera, pero, por lo visto, has dado datos concretos y, por el radiotelescopio, ha sido detectado ese cuerpo desconocido que, al parecer, no sigue ninguna órbita, aunque se considera que está lejos de la órbita de Plutón.

—Ese planetoide seguirá adelante, general. Sus hombres, que ya lo han detectado, ahora podrán seguirlo.

—Bien, bien. Aún es pronto para decidir si merece la pena enviar una nave «Explorer» hacia él; no conocemos su masa, su volumen ni su densidad, ni siquiera si tiene atmósfera. Sólo es un punto detectado en el espacio.

—Le puedo anticipar que se trata de un planetoide de raras propiedades físicas. Sus constantes rompen el orden del cosmos al que estamos acostumbrados.

—No sería el único cuerpo celeste que rompiera las reglas del cosmos, que es tan enigmático que resulta apasionante investigarlo. Y pensar que hace unos cuantos siglos, cuando se lanzaron al espacio los primeros cosmonautas, se creía que todo era tan sencillo en el cosmos, que había unas reglas muy simples, y que todos los cuerpos celestes las seguían... Después, a medida que ha avanzado la investigación espacial, hemos comprobado que nada es tan sencillo, que a cada paso que avanzamos nos encontramos con un montón más de nuevos enigmas.

—El progreso es así, general. Nunca se llega a la meta, pero siempre llegamos más lejos.

— Cierto, siempre más lejos, pero todo más complicado. ¿Qué, vas a reingresar en las Space Forcé?

—General, no he venido a pedir mi admisión en las fuerzas espaciales, sino a pedirle una nave con una tripulación reducida para explorar ese planetoide antes de que sea demasiado tarde.

—No hay por qué apresurarse tanto, está muy lejos, demasiado. Quizá no llegue jamás a menos de un montón de millones de años-luz de nosotros.

—General, yo creo que sí hay que considerar el factor tiempo.

El general Cordiev suspiró y miró al hombre joven y alto, de cabello cobrizo y bigote de largas guías, muy abundante, como el propio cabello que casi caía sobre sus hombros.

—¿Por qué no quieres ingresar en las fuerzas espaciales? —insistió.

—Porque tendría que obedecer órdenes. Quiero investigar el planetoide a mi manera. Además, según las leyes del espacio, si se descubre algo importante, el setenta por ciento pertenece al gobierno de la Confederación y el treinta al descubridor.

—Comprendo, quieres el treinta por ciento de lo que se pueda descubrir.

—Sí, porque si fuera como oficial de las fuerzas aéreas, no me pertenecería más que mi salario.

—Comprendo, comprendo tu ambición, pero si las fuerzas espaciales ponen la nave y una tripulación, no es justo que tú te quedaras el treinta por ciento del posible descubrimiento.

—Aceptaría el veinte. El diez, para lo que ustedes dispongan como compensación de gastos de viaje y la nave.

El general se echó a reír.

—Te creía más listo, Arthur Sinclair. Como oficial vales mucho, pero como negociante muy poco. Sabiendo ahora dónde está el planetoide, ya no es necesario pactar contigo. Podemos enviar una nave hacia ese cuerpo celeste cuando queramos, sin contar contigo.

—Esa sería una jugada sucia, general.

—Si fueras un oficial de las fuerzas aéreas, no te haría ninguna jugada sucia, pero de negociante a negociante, sí puedo hacértela, de modo que si quieres ir al planetoide, reingresa en las Space Forcé. Si descubres algo interesante, te prometo que, pese a ser oficial, se te asignará el cinco por ciento.

—El cinco es un robo, general, y usted lo sabe. Ese planetoide lo he descubierto yo.

—Si entra en nuestro sistema estelar en sentido radial al sol, lo hubiéramos descubierto tarde o temprano, digamos más bien temprano, y tú, sin nave, nada puedes hacer.

—General, hace tiempo serví a sus órdenes directas; la verdad, no esperaba que me hiciera esta jugarreta.

—No lo hago para robarte, muchacho. Es cierto que mi intención es egoísta, pero lo que trato es que las Space Forcé cuenten con un pionero de tu clase y de tu experiencia.

—Lo siento, general. Ha sido una oportunidad que he tenido, al descubrir ese planetoide, y no voy a dejar que sirva sólo para que usted me encierre de nuevo en un uniforme. Ya pasó mi época de servicio en las fuerzas espaciales, ahora quiero hacer mi vida

particular,

—Por cierto, ¿cómo has conseguido descubrir el planetoide antes que nosotros?

Sonrió cínicamente y contestó:

—Secreto particular, general. En adelante, si realizo algún nuevo descubrimiento, no espere que venga a comunicárselo a usted.

Arthur Sinclair abandonó el despacho con un desagradable sabor de boca. Tampoco el general Cordiev quedó satisfecho de sí mismo.

Mientras Arthur Sinclair regresaba al gran vestíbulo, el general Cordiev ordenó por el intervideófono:

—Quiero que se mantenga una vigilancia discreta en torno a Arthur Sinclair.

Arthur llegó al vestíbulo. Sacó el teleordenador y llamó:

—Robi-7, dirígete a la salida.

—Orden computada —respondió la voz del androide a través del telecomunicador incorporado en su cuerpo.

—Adiós, Arthur Sinclair —le despidió la joven y atractiva azafata.

—Ah, por cierto... ¿Tienes algo que hacer esta noche?

—Pues...—vaciló ella.

—A las nueve búscame en el Moon Garden, te estaré esperando.

Le dio un beso fugaz en los labios, que dejó a la muchacha entre sonriente y paralizada y se alejó. En la puerta, Robi-7 esperaba, atento a lo que su propietario hacía.

CAPITULO II

Robi-7 se había acostumbrado a acompañar a Arthur Sinclair a todas partes, era como si su cerebro biónico hubiera sido compuesto con neuronas de perro.

—Quédate aquí vigilando el «cart».

A Robi-7 no le gustó demasiado la orden. Si lucía sus cinco estrellas de alta especialización, no era lógico que lo pusieran a vigilar un vehículo dentro de un parking, y su protesta se manifestó en las luces que se encendieron en su cabeza.

—Vamos, Robi, que no es para tanto. No te vas a sentar a una mesa para cenar, ¿verdad?

Robi-7 se quedó quieto, sin responder. Arthur Sinclair pensó que ya debía faltar muy poco para conseguir el androide perfecto, tan perfecto que poseyera incluso sentimientos humanos.

Robi-7 no era un robot biónico cualquiera, ni siquiera podía homologarse con los demás robots biónicos de cinco estrellas. Era mucho más porque Arthur Sinclair había introducido personalmente algunas transformaciones en sus circuitos, unas transformaciones no declaradas a la secretaría de control de androides, pues existían ciertas normas prohibiendo que se fabricaran androides que pudieran ser utilizados bélicamente y, en las modificaciones de los androides de serie, los funcionarios de la secretaría se mostraban muy rigurosos.

En realidad, aquellos cambios eran ilegales, pero Arthur Sinclair se guardaba muy mucho de decirlo.

No lo había preparado bélicamente, pero sí había aumentado su poder de captación de señales en el espacio en casi un millón de veces, claro que el truco básico radicaba en conectar a Robi-7 una macroantena radiotelescópica, mediante un rayo láser de infrarrojos a baja potencia, que emitía el propio Robi-7.

Resultaba muy difícil descubrir esta conexión, invisible al ojo humano, una conexión que podía efectuarse aunque la antena estuviera a varios kilómetros de distancia.

Arthur Sinclair había entrenado muy bien a Robi-7 para hacer este tipo de autoconexiones cuando se lo pedía, y todo había funcionado bien. Sin que el general Cordiev ni ningún miembro de su equipo lo supiera, Robi-7 se había autoconectado con la macroantena central que poseían las mismísimas Space Forcé.

Había sido sumamente arriesgada esta conexión secreta y clandestina, y podía haberle costado a Arthur Sinclair una acusación de alta traición, pero se había arriesgado casi como si se tratara de un juego y, gracias a la antena, había captado la presencia del planetoide mucho antes de que los transformadores de señales del propio centro de control lo detectaran, lo que equivalía a decir que Robi-7 era

mucho más sensible que los aparatos de detección del centro.

Mientras Arthur Sinclair se introducía en el interesante complejo de Moon Carden, un vigilante se acercó a Robi-7 y le exigió:

—Identifícate, androide.

—Orden computada. Robi-7, cinco estrellas. Propietario Arthur Sinclair. Matrícula V-1790 Z —dijo con su bocina parlante, sin moverse de junto al vehículo de su amo.

El, como todos los androides, estaba obligado a identificarse cuando algún agente de la autoridad se lo exigiera.

El vigilante aguardó a que se iluminara su pequeña computadora portátil. Al fin, apareció la luz verde y asintió.

—Está bien. —Y se alejó por el área de aparcamiento.

Arthur Sinclair dio una buena propina al *malí e* que le preparó una acogedora mesita, no lejos del escenario donde se celebraba el *show*.

—¿Le sirvo algo, señor?

— Sí, un bitter jupiteriano.

—¿Me permite que le sugiera al señor unas ostras francesas?

—De acuerdo. .Traiga ración doble, ahí viene mi compañera.

La chica estaba bellísima; casi resultaba difícil reconocerla sin el uniforme de azafata del centro de Space Forcé.

—Hola, Arthur.

—Todavía no me has dicho cómo te llamas.

—Tú no me lo has preguntado.

—Bien, pues ya es hora. ¿O prefieres decírmelo a la hora del champaña?

—¿Es que vamos a celebrar algo?

—Quizá.

—¿El qué?



—Ya te lo diré, en otro momento; ahora, cenemos... ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Crystal.

—Me gusta.

—Bueno, bueno, si está aquí la más linda pareja de la metrópoli... —casi barbotó con su voz gruesa, cargada de sarcasmo y cinismo, el hombre recién llegado. Arthur Sinclair y Crystal se lo quedaron mirando.

El individuo que acababa de acercárseles era más alto de lo normal, y aún ¡o parecía más por su gran corpulencia. En su enorme cabeza redonda quedaban escasos cabellos.

Sus ojos también grandes y burlones, eran muy redondos, y su boca, de labios rojos y groseros. Aquel hombre, para dar mayor aparatosidad a su figura, ya impresionante por lo corpulenta, lucía una gran capa rojinegra que llevaba sujeta a las hombreras de la casaca. No podía decirse que aquel sujeto hubiera nacido para ser tímido, para quedarse en un rincón esperando acontecimientos, sino todo lo contrario; él provocaba los acontecimientos.

—Oiga, ¿le ha invitado alguien a esta mesa?

—¿Invitarme a mí? —Se llevó la mano al pecho—. ¡Por todos los soles del cosmos! —Soltó una carcajada sonora y grave, y luego se volvió— : *¡Maitre, maitre,* traiga champaña del dos mil ciento veintitrés, la mejor cosecha de todos los siglos! Cada botella tiene el valor de' un brillante de cinco quilates. Ah, y ostras, sí, tres docenas para comenzar.

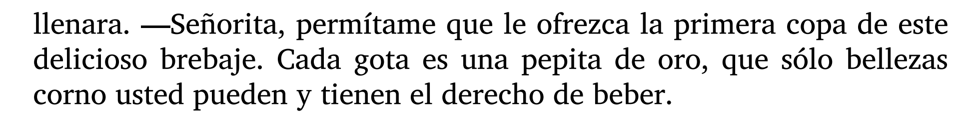
—Ya hemos pedido ostras —advirtió. Arthur Sinclair, paciente.

—De acuerdo, de acuerdo, pero todo de mí cuenta. Pedid y os será servido.

—En seguida, barón Xarcok —se apresuró a decir el *maitre.*

— ¿Xarcok, el financiero? —preguntó Arthur Sinclair.

—Exactamente el mismo. Si alguien viene a pedir créditos o favores a mi financiera, jamás me ve a mí, siempre estoy muy ocupado. —Alzó su copa y, sin mirar al ■*maitre,* aguardó a que éste en persona descorchara la botella de espumeante bebida y se la



llenara. —Señorita, permítame que le ofrezca la primera copa de este delicioso brebaje. Cada gota es una pepita de oro, que sólo bellezas corno usted pueden y tienen el derecho de beber.

—Gracias —aceptó Crystal, tomando la copa.

—Vamos, vamos, más copas y traigan otra botella, tengo sed, mucha sed. Y voto a mil planetas corrompidos que si traen un champaña que no sea de la cosecha que he pedido, hago que le saquen las muelas una a una y sin anestesia.

—Jamás haríamos una cosa así, barón Xarcok —objetó el *maitre,* muy sonriente a pesar de la amenaza.

—Bien,, ahora brindemos por este feliz encuentro… —dijo levantando la copa, mientras unos camareros traían las ostras en bandejas de plata.

—Yo sólo media docena —advirtió Arthur Sinclair.

—Yo también media docena —dijo Crystal.

—Pues yo, dos docenas. Dicen que las ostras son afrodisíacas, y yo lo creo. Volvió a reír y, mirando a Crystal, preguntó—: ¿Usted no se asusta de nada, señorita?

—Ni de sus carcajadas, barón Xarcok.

—Una chica entera, muy entera. Si pudiera, pediría… —alzó su voz, haciéndola aún más grave—: *Maitre,* sírvame una docena de chicas como la señorita, pero ya sin cáscara, —Volvió a reír, estentórea, mientras introducía los dedos en una de las ostras y la despanzurraba con habilidad.

—Barón Xarcok, si usted quiere esta mesa, nosotros nos podemos ir a otra. No tengo por qué soportar más sus gracias.

—Tranquilo, muchacho. ¿Acaso no sabes aguantar una broma? —le dijo, mirándole con sus ojos redondos, muy abiertos, y terriblemente burlones—. ¿Acaso no eres Arthur Sinclair?

—Sí, soy Arthur Sinclair, pero…

—Pues eso es lo que yo quería, invitar a Arthur Sinclair y a su pareja. Sois mis invitados, no se hable más, y sí luego queréis un *bungalow* a orillas del lago para una semana entera, tomad, tomad las

llaves; en ellas ya está impresa la dirección. —Le entregó dos llaves, que Arthur Sinclair no supo cómo rechazar.

— Arthur, tu amigo, el barón Xarcok, es muy espléndido.

—No es amigo mío, Crystal.

—Pero lo seré, muchacho, lo seré. Esto sólo es el comienzo, después tomaremos delicias de pato a la manzana y, para no cansar, nata vigorizada con miel helada y salpicada de fresas alsacianas.

—Se nota que le agrada comer, barón Xarcok —opinó Crystal.

—Comer bien es uno de los grandes placeres de nuestra vida, y a mí me gusta saborear todos los placeres, sea el que fuere. Oír una sinfonía con los ojos cerrados, oliendo a jazmín o a azahar; notar el sabor de una fruta delicada, la fuerza de la carne de animales silvestres, animales no cebados en granjas... Me gusta llenarme los ojos con la luz de los pintores europeos, con la delicadeza de las pinturas orientales, con una puesta de sol en el mar Rojo... Me gusta sentir espumear alrededor de mi cuerpo el agua de los arrecifes australianos y también notar entre mis manos la piel suave y cálida de las mujeres hermosas. Todo, todo me lo puedo permitir porque soy el barón Xarcok.

—¿Y no hay nada que no pueda conseguir? —inquirió Crystal.

El barón Xarcok rió en grave y en «o», pero no alto sino en medio tono.

—Todo lo que me propongo lo consigo y, ¿sabéis cuál es el secreto? —preguntó, dando a su voz un aire de misterio, de confidencia.

—Será que tiene mucho dinero, ¿no? —preguntó Crystal, que sorbía lentamente aquel champaña de inmejorable calidad.

—El secreto está en pagar muy bien a quien me proporciona el placer que exijo. Por cierto, Arthur Sinclair, busco a un hombre especial que desee ir al planetoide.

—¿Planetoide? ¿Qué planetoide?,

El barón Xarcok volvió a reír, muy seguro de sí mismo. No respondió en seguida, se comió cuatro ostras y tomó dos copas de champaña.

Dos camareros, situados a cuatro pasos de distancia, se acercaban corriendo cada vez que el barón consumía su copa o se le llenaba el plato de valvas.

—Hay un nuevo planetoide en nuestro sistema estelar. Nadie lo ha bautizado aún, y yo podría llamarle planetoide New. Es algo vulgar, lo admito, pero tampoco voy a llamarle planetoide Xarcok porque mi nombre lo reservo para algo más importante, un sol, por ejemplo. —Suspiró, abrió una nueva ostra y exclamó—: ¡Maravilloso, maravilloso!

—¿El qué es maravilloso? —preguntó Crystal, interesada.

—Una perla. Por favor, señorita, no la he tocado aún, acerque su copa.

· —¿Mi copa? —interrogó, extrañada.

—Sí, su copa de champaña.

—Ahora bébasela y atrapará la perla virgen entre sus labios. Es la forma más bonita de coger una perla.

—Parece que es usted un hombre de suerte, barón Xarcok —comentó la joven, haciendo rodar la perla dentro del champaña, mientras se iban apagando las luces para que comenzara el *show* en el escenario.

—¿Suerte? La suerte la domino yo. Si en estas docenas de ostras no hubiera encontrado una, por lo menos una perla, el *maitre* sabe muy bien que me habría irritado, y no volvería por aquí. Y con las facturas tan elevadas que me pasan, meten una perla dentro de las otras, aunque sea a presión.

Volvió a reír, mientras centraba su atención en otras ostras.

Crystal miró a Arthur Sinclair, interrogante. Este se encogió de hombros y ella se bebió el champaña, atrapando la perla entre sus labios, húmedos y jugosos.

—Ahora me gustaría extraer esa perla de sus labios con los míos, pero supongo que ése es un placer reservado para mi joven amigo Arthur Sinclair.

—Creo que yo también cuento en todo esto. —La propia Crystal cogió la perla entre sus dedos.

—Bien, Xarcok,' ¿qué hablaba usted de un planetoide? —preguntó Arthur Sinclair.

- Sé que estás interesado en ese planetoide. ¿Te gustaría comandar una nave pionera rumbo a él?

—¿Una nave civil?

- Naturalmente, una nave sufragada por mí. Irían en ella unos cuantos tripulantes, hombres de mi confianza, claro. Si pago la nave, tengo derecho a escoger a mis hombres.

—¿Qué pretende al hacerme este ofrecimiento, Xarcok?

—No temas, muchacho. Si descubres algo tendrás tu tanto por ciento. Haremos un trato, en el que los dos podremos salir ganando.

—¿'Un trato? Si encontramos algo interesante, el Gobierno de la Confederación se quedará el setenta por ciento.

—Exactamente. Luego el quince para ti y el otro quince restante para mí. Es más justo, ¿no?

—Sí, parece justo, pero ¿por qué me ofrece ese trato a mí?

—Podría decirte que es porque me caes simpático, pero soy más sincero. Tú sabes dónde está el planetoide y su trayectoria, y yo quiero llegar a él antes de que lo haga nadie. Si el planetoide tiene algo bueno, nos lo llevamos nosotros. En los buenos negocios hay que ser el primero en poner la bota encima para que no te los pisen; claro que yo podría quedarme con más de ese quince por ciento porque, al fin y al cabo, arriesgo mi dinero y tú sin alguien que te ponga una nave lista para viajar, no podrías llegar jamás a ese planetoide.

—Si me está haciendo una oferta es porque considera que le soy indispensable, barón Xarcok; de lo contrario, no.se habría sentado a esta mesa.

—Tienes razón, muchacho, pero métete en la cabeza que a mí no me importaría demasiado levantarme de esta mesa y olvidarme de ese viaje al nuevo planetoide. Puedo prescindir de ese hipotético negocio que siempre es un riesgo, ya que no es seguro que vaya a encontrar nada importante. En cambio, para ti perder esta oportunidad podría representar perder el negocio de tu vida.

Arthur Sinclair quedó pensativo unos instantes. Después, ceñudo,

preguntó:

—¿Quién le ha hablado de que yo sé algo de ese planetoide?

—Comprenderás que no suelo revelar mis fuentes de información. Muchacho, convéncete de que las buenas fuentes de información son más de la mitad, en el éxito de obtener fortunas. Consíguete una buena fuente de información, y serás rico; es una norma eficaz.

—Sí es así —habló Sinclair— cabe pensar que usted posee excelentes fuentes de información, pero el trato lo quiero legalizado y sellado con su placa de identificación, entienda bien que digo «suya» y no de ningún representante suyo, y la mía.

—De acuerdo. Pásate mañana por mis oficinas, y todo quedará legalizado. No te arrepentirás de tratar conmigo.

—Eso espero. Ahora, que disfrute bien de su cena. Crystal y yo nos vamos.

—¿Cómo, irse ahora que empieza la noche?

—Naturalmente barón Xarcok, usted ya tiene placeres que gozar; nosotros debemos cuidar de los nuestros.

—Gracias por la perla —dijo Crystal, mostrándola

—No tiene importancia. Otro día puede ser un rubí, una esmeralda o un brillante, depende de lo que piense pedirle. —Se volvió a reír.

Crystal dejó caer la perla en la copa del propio Xarcok.

—Ahora, juegue usted a sacarla con los labios y pídale a una de las chicas del *show* que se la arrebate de la boca. Es posible que a ella sí le agraden esa clase de juegos.

Xarcok, lejos de sentirse humillado, se rió tan fuerte que consiguió que sus carcajadas se escucharan por encima de la música, y muchas cabezas se volvieron para mirarle.

—Ese hombre es odioso —opinó Crystal.

Arthur Sinclair corrigió:

—Más que odioso, me parece peligroso.

—Entonces, ¿por qué aceptas su trato?

—Porque no tengo otra salida.

Crystal siguió a Arthur Sinclair hasta salir del Moon Garden. Una vez al aire libre, con las chispeantes estrellas sobre su cabeza, observó, algo molesta:

—¿Era necesario abandonar la sala?

—Creo que el barón Xarcok se estaba poniendo molesto.

—El barón es muy generoso.

—¡Ah, sí! ¿Por qué le has devuelto la perla, entonces?

—Nunca hay que dar demasiadas facilidades, de principio.

—Vaya, no sabía que ese hombre te interesara tanto. ¿O acaso lo que te interesa son sus inmensas riquezas?

—Demasiado mordaz, Arthur, eso quiere decir que te sientes rebasado por ese barón Xarcok o quizá es que te intereso.

—Crystal, creo que la irrupción de ese barón ha roto el encanto que había comenzado a envolverme. Las mujeres sois siempre sorprendentes. Lo mismo sois ardientes y apasionadas, con un desinterés digno de toda admiración, que os mostráis frías y ambiciosas.

—Hablas como un resentido Arthur. Lo que sucede es que te das cuenta de que el barón Xarcok consigue muchos éxitos con las mujeres, gracias a su fortuna. Tú, particularmente, tienes una imagen y un aspecto más atrayente, pero no puedes ofrecer placeres a manos llenas, como sí puede hacerlo él.

—Lo que hace él, son payasadas. Cultiva su imagen de payaso refinado y estridente; es la forma de ocultar su vulgaridad. «Por favor, una botella de champaña de la cosecha número tantos…» —dijo, imitando a Xarcok—. Seguro que lo ha leído en algún manual.

—Lo haya leído o no, el caso es que puede pedirla, saborearla y pagarla. ¿Sabes, Arthur, que los humanos tenemos el defecto de acostumbrarnos rápidamente a lo bueno y muy dificultosamente a lo malo?

—¿Y a qué viene ahora toda esta discusión? Tengo la llave de un chalet en el mar Egeo ¿te parece que vayamos? Mi vehículo es rápido,

llegaríamos de madrugada,

—No, Arthur. ¿Quién te asegura que ese chalet no tiene unas telecámaras muy sensibles y automáticas para que tú y yo pasemos a convertirnos en una diversión para Xarcok?

—Es una posibilidad, tienes razón.

—Ya me invitarás cuando tengas tu propio chalet, no hay prisa.

Crystal se alejó, dejando a Arthur entre desconcertado y defraudado, como clavado sobre la tierra. Por unos momentos, había creído que Crystal iría adonde él le pidiera y, sin embargo, se largaba dejándole plan- tacto. Hizo un ademán para llamarla, pero la voz no salió de su garganta.

—Al diablo, no eres la única mujer del planeta Tierra.

Arthur Sinclair, molesto, dio la vuelta, yendo en busca de su vehículo.

Robi-7, al acusar su presencia, encendió una luz verde intermitente; era como si se pusiera contento al verle.

CAPITULO III

Cuando Arthur Sinclair vio la nave Flash-Z23 dentro del hangar privado del barón Xarcok, le pareció una verdadera maravilla.

Las Flash-Z23 era una nave espacial de súperimpulso, que igualaba en velocidad a las más veloces naves Ínter- planetarias que poseían las Space Forcé, sólo que la nave del barón Xarcok no llevaba armamento ofensivo, aunque sí poseía un ilimitado armamento defensivo, por si era atacada.

Arthur Sinclair no terminaba de creerse .que pusieran una nave de aquella categoría, de tanta velocidad y precisión, a su disposición.

— Es el último modelo adquirido por el barón Xarcok —le explicó Walker Lin, un euroasiático que gozaba de la confianza de Xarcok.

—Llegaremos al planetoide sin problemas. Esperemos que allí haya algo interesante esperándonos.

—El barón Xarcok hace una inversión muy fuerte en este viaje —

prosiguió Walker Lin, mientras unos empleados de la compañía se afanaban en dejar lista la nave—. Es de desear que el viaje proporcione una alta rentabilidad, porque el barón es un inversor muy sagaz, no un simple aventurero que se juegue su fortuna.

Arthur Sinclair hubiera deseado preguntar qué había movido al barón Xarcok a interesarse tanto por aquel desconocido planetoide, pero no lo hizo, y siguió caminando al lado de Walker Lin.

Tras ellos avanzaba Robi-7, manteniendo la distancia. Movía su cabeza de acero y cristal de un lado a otro hasta los ciento ochenta grados, si era preciso, para ver lo que ocurría en torno suyo.

—¿Se ha dado noticia a los medios de información de este viaje?

—No, el barón lo ha prohibido. Alguien podría tratar de adelantársenos. Por ahora, la presencia de ese planetoide es poco conocida, pero cuando pase el tiempo, puede atraer a más aventureros que moscas, un pastel abandonado junto al río Nilo.

—Es cierto, todos deseamos encontrar un planeta o planetoide desconocido porque soñamos que en él hallaremos la fortuna. Ese planetoide lo he descubierto yo, pero solo no podía ir; no tengo una nave como ésa.

—Hay ocasiones en que formar alianza o sociedad es bueno para unificar esfuerzos y conseguir el éxito.

Arthur hubiera deseado preguntar también qué iba a ganar el barón Xarcok asociándose con él para que pilotase la Flash-Z23, cuya misión era llegar al nuevo planetoide.

Era cierto que Arthur Sinclair era un magnífico cosmonauta, un bue pionero, que conocía la existencia y localización del planetoide, pero hubiera podido encontrar a otros buenos cosmonautas.

En cuanto a la localización, aun no conociéndola con exactitud cuando se hubieran alejado unos cientos de millones de kilómetros de la Tierra, 110 tardarían en descubrir el planetoide del que Arthur Sinclair guardaba un secreto no revelado a nadie, un secreto que era el motivo principal por el que se sentía atraído por aquel astro, un secreto que estaba seguro no conocía ni el mismísimo barón Xarcok. ¿O sí lo conocía?

—¿Cuándo estará lista la nave?

Walker Lin respondió, sin dejar de caminar hacia la rampa que ascendía hasta la puerta que se hallaba en un costado de la nave, junto a unas pequeñas alas que no servían para planear, pero movibles como eran, sí servían para gobernar la nave, dentro de las atmósferas que rodeaban a los planetas.

—Diez días. Hace falta equiparla con los suministros necesarios.

—¿Diez días?

—¿Le parece poco?

—No, no, diría que todo lo contrario. En cuanto a los suministros, depende del personal que vaya a bordo.

—Catorce personas, y usted, quince.

—Me gustaría seleccionar el personal.

—No, eso es cuenta del barón Xarcok.

Robi-7, que había oído la conversación, comenzó a lanzar destellos de luz azul, mientras 'emitía unos pitidos.

—Ah, se me olvidaba, el androide viene conmigo.

—¿El androide?

Walker Lin volvió la cabeza para mirar a Robi-7, que semejó acelerar el paso y caminar más erguido para ofrecer un mejor aspecto.

—No creo que le haga falta su presencia. Es un peso innecesario, y a bordo de la nave encontrará todo lo que necesite.

Robi-7 debió sentirse humillado, pese a que no podía tener emociones, pues era un simple robot biónico.

—De todas maneras, él viaja conmigo. Me he acostumbrado a su presencia, y me es muy útil. Me sirve hasta la comida, cuando se me pasa el tiempo y no puedo acudir a un restaurante.

—Si es su ayuda de cámara, y lo considera tan imprescindible...

Walker Lin se encogió de hombros, como haciendo una concesión a las exigencias de Arthur Sinclair; quizá tenía alguna orden al respecto.

—Aunque no pueda escoger al personal, deberé conocerlo con

anterioridad para efectuar unos ensayos. Antes de partir, debemos formar un espíritu de equipo para que no haya malos entendidos.

—Ya le daré la lista, cuando la tenga. Tendrán como setenta y dos horas para ponerse de acuerdo y sincronizar funciones. De todos modos, usted será el comandante de la nave, y será obedecido como si las órdenes las diera el mismísimo barón Xarcok que, después de todo, es quien paga esta aventura.

Desde un principio, aquel hombre de mediana estatura, tirando a bajo, de cabellos muy lacios y negrísimos, dientes prominentes en una boca pequeña, lo que hacía que los dos principales le sobresalieran en exceso, dándole un aspecto leporino, no le cayó nada simpático.

—Aguarda junto a la rampa, Robi-7.

—Orden recibida —aceptó el androide, colocándose muy erguido junto a la rampa, montando guardia y como dispuesto a constituirse en control de todo aquel que entrara y saliera de la nave a partir de aquel momento.

Arthur Sinclair conocía aquel tipo de naves, había visto los planos en la videoteca, y al caminar por su interior no se perdía ni se sentía extraño. Se sintió vivamente atraído por la sala de mando. No era excesivamente grande, pero sí muy confortable, y sus paneles de control eran lo último conseguido por la ciencia en ingeniería electrónica. Su cerebro computador era de una fiabilidad total.

Al aceptar el trato con el barón Xarcok, en el Moon Garden, no había imaginado que pusieran a disposición suya una Flash-Z23.

—¿Hay algo que no le agrade, Sinclair?

—No, no, todo me gusta. Espero que la elección del personal también sea buena.

—No lo dude, serán los «número uno» en sus respectivas especializaciones.

Asintió con la cabeza. Walker Lin no le caía simpático, pero estaba seguro de que lo que decía se haría. Había comenzando a conocer las normas por las cuales se regía el barón Xarcok: Paga bien y serás bien servido; escoge el mejor y no tendrás problemas.

—Vamos, Robi-7 —ordenó, al abandonar la nave.

El androide le siguió, pero, antes, lanzó una ojeada hacia Walker Lin, que se había quedado en la rampa que daba acceso a la portezuela de la nave aquella rampa que con sólo oprimir un botón se ocultaba por debajo de la puerta.

—Robi-7, viajaremos en esa nave Flash-Z23.

—Orden recibida, orden recibida —respondió el robot biónico, sin dejar de avanzar junto a su propietario.

—Tendrás que moverte con cuidado. Dentro de la nave hay pasillos que son algo estrechos, y no quiero que ocasiones problemas.

—Robi-7 no causa problemas, Robi-7 no causa problemas.

—Se dice «no causará», porque todavía no ha llegado el momento de viajar hacia el planetoide.

—Robi-7 no causará problemas, Robi-7 no causará problemas. Ordena y serás servido, sándwiches de jamón, sándwiches de salchichas, champaña francés del año dos mil ciento veintitrés...

—¡Diablos! ¿También tú te has aprendido cuál es la mejor cosecha?

En el cart, Arthur Sinclair llegó hasta la colina rocosa, que tenía muy bien controlada. Robi-7 iba con él. Lo hizo bajar del vehículo y le ordenó:

—Conéctate con láser infrarrojos de baja frecuencia con la antena.

—Orden recibida, orden recibida.

El androide dejó sus pies quietos sobre el suelo, y giró la cabeza lentamente.

A simple vista, no se advertía nada, pero Arthur Sinclair se cubrió los ojos con unas gafas apropiadas y pudo ver el rayo láser, de bajísima frecuencia, que partía de uno de los ojos de su robot y que, en línea recta, llegaba hasta el complejo de la macro antena del radiotelescopio que poseían las Space Forcé.

Aquella conexión clandestina podía .costarle cara, muy cara; años de trabajos forzados en una colonia extra- terrestre.

Levantó un brazo del robot, dejándolo que se mantuviera horizontal, y después abrió una compuerta que Robi-7 tenía en su

costado. Allí aparecieron unas ruedas numeradas, que Arthur Sinclair hizo girar.

Pulsó luego un botón incrustado en un ángulo, y las ruedas empezaron a moverse solas en distintas direcciones hasta que se estabilizaron. Un pequeño indicador comenzó a. moverse mientras Robi-7, quieto y mudo, seguía conectado con la antena, gracias a su láser infrarrojo de bajísima frecuencia,

—Esto va bien, esto va bien —se dijo para sí.

Aquél era su gran secreto, descubierto gracias a su robot biónico, un secreto que, por el momento, no revelaría a nadie. Cuando llegase el momento, ya se produciría la gran sorpresa.

Arthur Sinclair parecía muy satisfecho de lo que estaba haciendo, y pasó allí varias horas, mientras la cinta magnética ultrasensible iba grabando.

—¿Listos, Robi?

—Orden computada.

Robi-7 dejó de enviar el rayo láser infrarrojo de baja frecuencia, y Arthur cerró el costado del robot. Luego, le abrió por delante y extrajo una cinta, que se guardó en un bolsillo.

—Regresamos, Robi-7.

—Orden computada.

Siguió a su amo y, a bordo del cart, ambos se alejaron de aquel lugar, dirigiéndose al centro de control de la Space Forcé, máximo centro de alerta del Gobierno de la Confederación.

Detuvo el cart en el aparcamiento y ordenó a Robi-7:

—No te muevas de aquí; si me sigues, me obligarán a meterte en el casillero, junto a los otros androides, y sé que no te gusta.

—Orden computada, Robi-7 se quedará vigilando el cart.

Arthur anduvo hacia el gran vestíbulo, mientras buscaba ávidamente con los ojos. Una bella azafata se le acercó, solícita.

—¿Busca a alguien?

—Sí, a Crystal.

—¿Crystal, azafata?

—Sí.

—No está.

—¿No está? ¿Le ha sucedido algo?

—No creo.

—¿Es su día libre, acaso?

— Lo siento, no podemos facilitar información de orden interno. Diríjase a la oficina de personal, y pregunte allí.

—No, no hace falta —repuso, pesimista, rechazando la sugerencia.

Se había puesto de mal humor. Crystal había desaparecido de su vida a la misma velocidad con que irrumpiera, y lo cierto es que se había encaprichado de aquella joven azafata, alta y espigada, que poseía unos hermosos y duros pechos, unas caderas bien delineadas y, además, era muy inteligente.

Se dirigía nuevamente hacia la salida cuando se sintió interpelado:

—¡Arthur Sinclair, Arthur Sinclair!

Se volvió y descubrió a quién le llamaba.

—General Cordiev.

—Hola, muchacho. ¿Qué haces por aquí? ¿Venías a verme?

—La verdad, general, no venía a verle a usted.

—Vaya, creí que te lo habías pensado mejor. Ya sabes que tienes un puesto en las Space Forcé.

—No, no me interesa.

—Al menos, di «por ahora» —puntualizó Cordiev, silabeando las últimas palabras—. Ha llegado a mis oídos que trabajas para el barón Xarcok.

—Su fuente de información no es demasiado buena, general.

—¿Ah, no? Qué raro, yo había creído que...

—No trabajo para el barón; él y yo somos socios, que es diferente.

—Ya; has hecho bien en puntualizar. No es lo mismo ser socio que asalariado.

—Exactamente, general.

—¿Piensas ir con él al planetoide?

—Es posible.

—Si al barón Xarcok le interesa ir al planetoide, es que crea que allí hay algo que puede engrosar su fortuna, ya muy importante.

—Quizá, pero eso pregúnteselo a él.

—Arthur, ese hombre no es de fiar. Ahora, todos formamos una Confederación, pero él parece tener ambiciones de poder y trata de conseguir fortuna, según dicen, para pagar mercenarios.

—No me diga que la ilusión del barón Xarcok es de dar un golpe de estado en el Gobierno de' la Confederación para erigirse él como dictador de todo el planeta...

—Ese ha sido siempre el sueño dorado de muchos hombres, y continuará siéndolo, no lo dudes. Por ahora, se limita a engordar su fortuna, y no se ha metido en más problemas. Sería una pena que un hombre tan brillante como tú terminara como mercenario en las huestes del barón Xarcok.

—General, yo no soy mercenario de nadie, y ahora, no le robo más minutos de su precioso tiempo.

—Si te diriges al planetoide, con Xarcok, te deseo suerte. Después de todo, si encontráis algo valioso, ya sabes que el setenta por ciento pertenece al Gobierno de la Confederación, es decir, a todos los terrícolas. Por tanto, no tendría sentido que enviara naves milicianas para que se os adelantasen. Las fuerzas espaciales, particularmente, no podemos quedarnos con nada.

Un treinta no es mucho; un quince, mucho menos, pero para mí, si hay suerte puede representar una fortuna. Arriesgo muchas veces la vida, pero merece la pena luchar, Ah, y si me hago rico, no tema; yo rio tengo ambiciones de poder, y no voy a formar mi pequeño ejército

para fastidiar al prójimo.

Tras aquellas últimas palabras, dichas con evidente sarcasmo, Arthur Sinclair abandonó el centro. Robi-7 aguardaba, paciente, junto al cart, el regreso de - su propietario.

CAPITULO IV

Fiero Santone le había sido presentado como segundo piloto de la nave que iba a comandar.

Arthur Sinclair ya conocía a Piero; había coincidido con él en la escuela de cosmonautas. Piero siempre había sido un sujeto ambicioso, un hombre seguro de sí mismo, que trataba de ser el primero en todo, sólo que en muchas ocasiones la presencia de Arthur Sinclair se lo había impedido,

—¿Te paga bien el barón Xarcok para que trabajes para él?

Ante aquella pregunta, Piero Santone le había respondido :

—Diez veces más de lo que cobraría en las Space Forcé, y gozo de mayor libertad.

Arthur había esperado algo de hostilidad y suspicacia por parte de su antiguo compañero, mas éste se mostró muy cordial, y no puso obstáculos a la labor de Arthur Sinclair. Este creyó que no surgirían problemas entre ellos, pero el paso del tiempo le demostraría que había juzgado con demasiada ligereza la actitud de Piero Santone.

El resto de la tripulación estaba lista, en el día y hora señalada, para emprender el vuelo hacia el planetoide desconocido.

—Ha llegado el momento —le dijo Walker Lin a Arthur Sinclair.

—Faltan pocos minutos para partir —asintió Arthur—. Puede usted ya descender por la rampa.

—Yo también voy a viajar, no sé si se lo había dicho.

—La verdad, no.

—Sí, Walker Lin viaja con nosotros. La nave es suficientemente grande como para admitir pasajeros, además de los tripulantes —observó Piero Santone, ya acomodado en su butaca anatómica, con el

panel de mandos extensible al alcance de su mano.

—De acuerdo. Yo soy socio del barón Xarcok, y quien conduce la nave, pero me da lo mismo que venga más o menos gente.

—Tú llevas a tu Robi-7 —le observó Piero Santone.

—Sólo es un androide, que no consume oxígeno ni hay que alimentarlo como a un ser humano. Además, se le pone dentro de un armario, como está ahora, y desconectado, y deja de causar problemas.

—Si lo dice por mí, no tema —objetó Walker Lin—. No le causaré ningún problema. Pero el barón Xarcok confía en mí y tengo que hacer de observador.

—De acuerdo, métase en una litera, y sujétese bien, porque vamos a despegar.

—Dentro de dos minutos tendrá una conexión con el barón Xarcok —le dijo Walker Lin, mirando el reloj de guarismos que se hallaba en una pared de la cabina de mando de la Flash-Z23.

—Bien, nos despediremos del barón —aceptó Arthur.

La pantalla se iluminó y, al poco, apareció la gran humanidad de aquel hombre que solía vestir capas extravagantes. Su cabeza grande, su cráneo rasurado, sus ojos redondos, la boca carnosa e insolente, le daban un aspecto que tenía poco de terrícola. Era un individuo que siempre parecía terriblemente seguro de sí mismo, y que solía burlarse del prójimo.

—Hola, Arthur Sinclair. Ahora eres el cosmonauta con más suerte de la Confederación.

—Hola, barón. Ya he visto que está en la nave Walker Lin para irle informando de cuanto encontremos.

—Exacto. Arthur, tienes que encontrar ese planetoide, sin problemas; seguro que nos haremos ricos.

—Yo sólo sé que el planetoide existe, todavía no sé que pueda reportarnos riquezas. Existen planetoides que no contienen más que piedras, basalto, carbonatos, etcétera, y no son explotables. Por otra parte, si no se puede desviar su ruta, colocándolo en órbita, y se dirige recto al Sol, quedará absorbido por él y desaparecerá.

—No, no ocurrirá eso. Se me había olvidado decirte que poseo un macrocoche de propulsión plutónica que, si interesa, será colocado en ese planetoide y disparado en el momento preciso, dándole el impulso necesario para que se desvíe de su trayectoria y quede atrapado en la órbita solar que le escojamos.

—Hasta ahora, nadie ha conseguido desviar un cuerpo celeste natural de su trayectoria.

—Alguien será el primero, muchacho, alguien lo será. Ahora, suerte. Sé que manejas bien las cosmonaves, pero si tienes problemas, déjalo todo en manos de Piero Santone. El es tan magnífico cosmonauta como tú, y goza de mi completa confianza.

—Gracias, barón Xarcok —respondió el aludido.

— ¡Suerte, la vamos a necesitar todos! —exclamó, echándose luego a reír, mientras levantaba una mano a modo de saludo.

Los servidores de tierra se alejaron, y cuantos se hallaban dentro de la nave Flash-Z23 se instalaron en sus respectivas butacas o literas, sujetándose bien.

Las desgravitación iba a ser importante, pese al sistema de compensación que la nave llevaba incorporado, tal sería el impulso con que se separaba del planeta Tierra.

El núcleo de combustible había ido dejando escapar ya su energía, y una luz vivísima apareció por la tobera de cola.

La nave comenzó a desplazarse en oblicuo, remontando así el vuelo. Arthur Sinclair sabía muy bien que en aquel tipo de nave no podía dar la máxima fuerza a los motores hasta que estuviera en la ionosfera. Entonces, debía colocar la nave en sentido vertical a la propia Tierra, con proa hacia las estrellas, y darle todo el impulso de que fuera capaz.

Así lo hizo y, al poco, se vieron catapultados hacia el espacio, por la terrible fuerza de sus motores. Después, el propio Arthur Sinclair desconectó manualmente la propulsión nuclear, y la nave dejó de vibrar.

Era como si se hubiera sumido en un túnel de silencio, como si la nave ya no se moviera; sin embargo, la tierra semejaba alejarse más y más de ellos, aunque el hecho sucedía a la inversa.

Una vez vuelta la tranquilidad a la nave, Arthur Sinclair comenzó a manipular en el panel de mandos. No era demasiado importante el rumbo, en aquellos momentos cuando tenía tantos y tantos millones de kilómetros por delante para recorrer. Fijaría el rumbo y luego, el automático lo iría corrigiendo regularmente.

—¿Quieres que tome la primera guardia? —le preguntó Piero Santone.

—Sí, ¿por qué no? —contestó Arthur, pensando que Robi-7 era quien en realidad conocía con exactitud la trayectoria del planetoide a cuyo encuentro se dirigían.

Debían coincidir en un lugar del espacio y, para conseguirlo había que calcular la trayectoria exacta del planetoide y su velocidad, lo que no era nada fácil. Se hallaba pensativo cuando se abrió la puerta de la cabina de mando y...

—Hola, Arthur Sinclair, has realizado una maniobra perfecta.

—¡Barón Xarcok! —exclamó, sorprendido.

—Creías que me había quedado en la Tierra, ¿eh? —Volvió a reírse —. Pues, ya ves, estaba en mi *suite*. No quería perderme este viaje.

—¿Y por qué no decirme que también venía?

— Ya sé que no me lo hubieras impedido, pero podías haberte puesto nervioso.

—¿Nervioso? —replicó, displicente, molesto por aquella añagaza o especie de broma que Xarcok le había gastado.

—La telecomunicación ha sido perfecta —observó Piero Santone, sonriendo con aire dé complicidad.

—¿Tú sabías que estaba a bordo?

—Sí, claro que lo sabía, pero el barón...

—Ya, había ordenado que no se me dijera nada.

—No te pongas receloso, muchacho, no he venido solo. Mira. —Xarcok señaló hacia la puerta que permanecía abierta.

En el umbral apareció la figura bella y esbelta de una mujer que vestía botas de caña alta, pantalones de seda natural de color rosado,

tan ajustados que más parecían una segunda piel, y una casaca rutilante, confeccionada con seda y hebras de oro y plata, una casaca muy valiosa

La belleza de la joven era serena y atrayente a un tiempo. Tenía el aire de una diosa surgida de una galaxia desconocida.

—¡Crystal!

—Sabía que no te habrías olvidado de ella —rezongó el barón, levantando su mano para que ella pusiera la suya encima, como dejándose llevar por aquel hombre que parecía tener poder sobre la hermosísima mujer.

—Hola, Arthur. Es un placer volver a verte.

—Jamás hubiera imaginado que te encontraría aquí, en la nave y en compañía del barón Xarcok.

—Pues, ya ves, la vida depara muchas sorpresas.

—Sí, ya veo que este viaje va a estar lleno de sorpresas. Por cierto, ¿te ha pagado muy bien el barón para que le acompañaras en este viaje por el espacio interplanetario?

—Arthur Sinclair, no te tolero que hagas observaciones o preguntas de mal gusto a Crystal.

—Barón, usted a mí no me manda. Somos socios, yo no estoy en ninguna lista de asalariados a sus órdenes.

—Es verdad, pero si molestas mucho, podrías ser relevado por Piero Santone, que es un magnífico cosmonauta.

—El trato es que yo sería el comandante de la nave, pero si me ocurre algo, y soy sustituido, quizá no lleguen jamás a ese planetoide. No pienso darles todos los datos que poseo, y tampoco confiarlos a ninguna computadora; los mantengo aquí! —Se tocó la cabeza significativamente.

—No te creas tan insustituible, Arthur —le observó la propia Crystal—, El barón Xarcok tiene a sus órdenes los mejores expertos, y esta nave está dotada con los sensores más modernos y fiables que existen.

— Sí, ya lo he observado, pero me queda una duda, en todo este

asunto.

—Si puedo aclarar esa duda —se ofreció el propio barón.

—Si se consideraba capaz de viajar a ese planetoide, ¿por qué ha hecho el trato conmigo, si desde un principio podía prescindir de mí? Tiene la nave y excelentes cosmonautas, ¿por qué ofrecerme a mí la mitad?

—Hay una respuesta para esa pregunta, pero por ahora me la reservo; no creo que te gustara oírla. —Se rió de forma sarcástica y controlada, haciéndola lo más ofensiva posible.

Arthur Sinclair pasó junto a Crystal, sin mirarla; estaba furioso.

Abandonó la cabina y se dirigió a su cámara individual. Cerró la puerta y se encaró con el armario. Al abrirlo, se encendieron unas luces azules parpadeantes.

—¿Cómo estás, Robi-7?

—Muy bien, respuesta dada, respuesta dada.

—Robi-7, hemos de estar muy atentos. En esta nave todos son enemigos nuestros.

—Sistema defensivo abierto, sistema defensivo abierto —repitió con su voz de bocina, mientras las luces rojas parpadeaban sobre su cabeza de cristal.

—Calma, Robi-7, calma.

El androide bajó sus manos, de las que habían brotado rayos que iban de unos dedos a otros, estableciendo puentes eléctricos, que resultaban amenazadores.

—Desconecta tu sistema defensivo físico; lo que debes hacer es mantenerte alerta.

—Robi-7 se mantendrá alerta, Robi-7 se mantendrá alerta, orden recibida, orden recibida...

Las luces cambiaron de rojas a verdes.

—Debes captar todas las conversaciones que puedas de ¡os tripulantes de la nave, especialmente lo que hablen, cerca de ti, el barón Xarcok, la bella Crystal, Walker Lin y Piero Santone.

—Nombres computados, nombres computados. Posibles enemigos, el barón Xarcok, la bella Crystal, Walker Lin y Piero Santone.

—Exacto, Roby-7, lo que ellos hablen me interesa. No los sigas pero tú andarás de un lado a otro de la nave. Si alguien habla, conecta el telemicrófono, sin que se note, y graba la conversación para que yo pueda escucharla luego.

—Orden computada, orden computada. Si posibles enemigos hablan, conectar telemicrófono y grabadora, conectar telemicrófono y grabadora.

—Muy bien, Robi-7.

—Robi-7 se dispone a hacer la ronda por la nave, Rcbi-7 se dispone a hacer la ronda por la nave.

—Espera, Robi-7 —le ordenó Arthur Sinclair, deteniendo al androide, que se dirigía hacia la salida—. Si alguien trata de tocar tu cuerpo para desconectarte pon en funcionamiento tu sistema físico de defensa y llámame. Llevaré siempre el telecomunicador en el bolsillo.

—Orden computada, orden computada. Sistema defensivo físico listo para ser conectado, y hacer llamada de advertencia a Arthur Sinclair, mi propietario.

Le vio alejarse por el corredor, y se encerró en su habitación, tendiéndose en la litera. Sacó un cigarrillo de mentobacco y se puso a pensar en Crystal. Le costaba mucho aceptar que se hubiera vendido al poder y la fortuna del grotesco e histriónico barón Xarcok.

CAPITULO V

Walker Lin, el hombre de confianza del barón Xarcok, y Piero Santone, el segundo comandante de la nave, estaban cambiando impresiones, cuando se dieron cuenta de que Robi-7 permanecía quieto de espaldas a la pared, como si formara parte de la decoración. Walker Lin lo miró con desconfianza, frunciendo el ceño.

—¿Qué hace ese androide ahí parado?

Piero Santone se encogió de hombros.

—No sé, todo el día se lo pasa yendo de un lado para otro, como si

estuviera en un laberinto, buscando la salida.

-—No me gusta ese androide.

—Es el doméstico de Arthur Sinclair.

—Ya Io sé, pero no me gusta. Podría quedarse en la cámara de su amo para guardarle las zapatillas y ayudarle con el pijama.

—Es el único amigo que Arthur Sinclair tiene a bordo.

—¿Amigo, un muñeco mecánico? Ahora verás.

Walker Lin se acercó al robot y, encarándose con él, inquirió:

—¿Qué haces aquí?

—Pregunta computada, pregunta computada.

—Imbécil, da una respuesta, ¿Qué haces aquí?

—*No comment, no comment.*

—Eres un androide atrofiado. Te voy a convertir en chatarra, y ni tu amo te va a poder recomponer; bastará con sacarte un par de piezas y listos.

—Sistema defensivo físico en marcha, sistema defensivo físico en marcha...

En la cabeza de Robi-7 comenzaron a parpadear luces rojas, mientras alzaba sus brazos y dejaba escapar rayos entre sus dedos, advirtiendo con ello que, de un instante a otro podía lanzar sus rayos contra el que consideraba su enemigo.

—¡Cuidado, Walker Lin, ese androide puede matarle! —gritó Piero Santone.

—¡Maldito muñeco mecánico, lo voy a destrozar!

—No se atreva —advirtió,' tajante, la voz de Arthur Sinclair, apareciendo por el corredor. En su telecomunicador había captado la llamada de auxilio, lanzada por ondas.

—¡Su androide ha querido atacarme!

—Sistema defensivo físico en marcha, sistema defensivo físico en

marcha... —repetía el androide, sin bajar su guardia, amenazando con los rayos que, como relámpagos, iban de los dedos de una mano a otra.

—Robi-7 no ataca, si no se le ataca.

—Está prohibido por la Confederación que existan androides bélicos —gruñó Walker Lin.

—Este no es bélico, pero sabe cuidarse si alguien trata de ponerle las manos encima; de modo que no vuelva a intentarlo. Este androide me pertenece, y sólo me obedece a mí. ¿Comprendido?’

—Walker Lin sólo ha pensado que estaba molestando en el corredor —trató de paliar Piero Santone.

—No creo que molestara a nadie. Vamos, Robi-7, desconecta tu sistema defensivo físico.

—Orden computada. Sistema físico de defensa desconectado, sistema físico de defensa desconectado...

—Bien, Robi-7, Ahora, ve a mi cámara y hazme la cama.

—Orden computada, orden computada. —Y se alejó por el corredor.

—¿Este es el androide que tanto les preocupa? —ironizó Arthur Sinclair.

—Como estaba ahí parado, y nos lo encontramos por todas partes —gruñó Walker Lin.

Piero Santone trató de que se olvidara el incidente, diciéndole a Arthur Sinclair:

—Todo en la nave funciona perfectamente, seguimos el rumbo señalado, y estamos a punto de cruzar la órbita de Saturno.

—Díganle al barón Xarcok que dentro de tres horas tendremos en la cabina de mando una reunión informativa.

—¿Existe algún problema? —inquirió Walker Lin.

—No, por ahora, pero es el momento en que hay que descubrir algunas cartas del juego. El planetoide viene en dirección contraria, y tendremos que realizar una maniobra circular. No podemos

aproximarnos más a él en dirección contraria; nos estrellaríamos a causa del duplo de velocidad. Hay que reducir impulso de viaje crucero, colocarnos en dirección contraria con maniobra de ciento ochenta grados, y esperar a que pase cerca de nosotros. Efectuaremos la aproximación por el lado contrario al rumbo que lleva: será una maniobra difícil. Hay que calcular muy bien la velocidad del planetoide; si es superior a la que nosotros podemos alcanzar con esta nave, jamás lograremos llegar a él.

Arthur Sinclair dejó a Piero Santone y a Walker Lin en el pasillo, y se introdujo en la cabina de mando. En ella estuvo manejando unos controles y pulsando botones.

No había dado todas las claves para que Piero Santone no pudiera prescindir en él, en cualquier momento. Arthur era consciente de que estaba solo frente al barón Xarcok y sus hombres. Cuando les interesara, podrían desembarazarse de él; bastaría con darle un narcótico que le dejara durmiendo y, después, lanzarlo al espacio sideral.

El asunto estaría resuelto, y jamás se volvería a saber de él, mientras su cuerpo, ya cadáver, vagaría por los espacios infinitos durante toda la eternidad. Arthur sabía que esta clase de asesinatos se habían prodigado, y en más ocasiones de las que se suponía. Se preguntaba cuál sería el momento en que el barón Xarcok decidiría prescindir de él. Si llegaba esa ocasión, debería estar preparado para defenderse. Cada veinticuatro horas escuchaba las grabaciones magnéticas que Robi-7 llevaba dentro de su cuerpo.

—¿Todo bien, Arthur?

Se volvió. Crystal estaba cerca de él,, ataviada con aquellas lujosas casacas que le proporcionaba el barón Xarcok. Incluso, ahora lucía una capa blanca muy suave, que le daba un aire etéreo. Quizá, en aquellos momentos, se parecía a una diosa, más que nunca. Procuró contener la emoción que sentía al verla.

—Sí, todo va bien —le respondió, lacónico y cortante,

—Llevamos infinidad de horas viajando, y parece que estemos en planetas distintos, cuando nos hallamos en la misma nave.

—He estado ocupado y lo seguiré estando,

—Lo comprendo, eres el comandante de la nave.

Arthur Sinclair, molesto, se tornó más agresivo.

—Tú también habrás estado muy ocupada, dándole placer al barón Xarcok.

Crystal endureció su rostro primero y lo entristeció después.

—No tienes derecho a insultarme.

—Ah, no, claro que no. Tú y yo no estábamos aparejados todavía, claro. Te había invitado a una botella de champaña, y te propuse celebrar algo que nunca llegamos a celebrar.

—Lo recuerdo, pero no me dijiste el qué.

—Ya no vale la pena recordarlo.

—¿Por qué?

—Las cosas han cambiado,

—¿Tanto como para que no quieras dialogar conmigo?

—Es posible. Dicen que todos tenemos un precio, y parece que el barón Xarcok ha dado rápidamente con el tuyo.

—Eres despiadado conmigo, Arthur; tú también buscas la fortuna.

—Sí, pero de una forma honesta; no vendiéndome, no prostituyéndome.

La distancia que les separaba era la idónea para que la bofetada que le propinó Crystal restallara como un látigo. Arthur Sinclair ni siquiera ladeó la cabeza.

Las miradas de ambos se entrecruzaron con dureza. Sin decir nada más, Crystal abandonó el puente de mando.

Arthur Sinclair, pensativo, se llevó la mano a la mejilla, acariciándose donde había recibido el castigo.

Se dijo que debía haberla estrujado entre sus brazos y besado, La amaba, se daba cuenta de que la amaba, pese a que el barón Xarcok, con su dinero, con su forma de gastar a manos llenas, de ofrecer a las mujeres cuanto podía gustarles, le había ganado la partida.

Una vez aplacada la primera oleada de deseo, se serenó y se dijo

que había sido mejor contenerse. Después de todo, su acción había sido humillante para él mismo. ¿Qué consuelo le quedaba, seducir a Crystal y tener la satisfacción de haber coronado a aquel monumental, ambicioso, arrogante y engreído payaso que era el barón Xarcok con una buena cornamenta?

Estaba seguro de que el barón ni se afectaría demasiado; él podía permitirse el lujo de cambiar de diversión cuando la que le había servido de juego ya la tenía demasiado vista o quizá Crystal fuera algo más para aquel personaje de desbordante humanidad histriónica.

Para escapar a todos los pensamientos que casi le aturdían, se enfrascó de nuevo en los mandos de la nave. Hizo varias pruebas para captar con la supertelecámara objetivos que se hallaban a grandes distancias, y todo funcionó bien. Había preparado un montaje muy especial, que no había sido utilizado aún, en observaciones realizadas en pleno vuelo.

Pasó el tiempo que había fijado de plazo, y se presentaron en la cabina de mando Piero Santone, Walker Lin y el propio barón Xarcok, llevando de su mano a Crystal, que seguía estando bellísima, pero fría y distante a todos.

—Y bien, Arthur Sinclair, ¿qué es lo que tienes que revelarnos? —preguntó el barón.

Con una mano sostenía la de Crystal y con la otra comía palomitas de maíz, untadas en miel. A su lado,

Walker Lin sostenía una especie de tazón de plata, quilas contenía.

—No tardaremos en cruzamos con el planetoide. Su velocidad de marcha radial, tomando como objetivo el Sol, no está calculada aún con exactitud, pero es muy grande. Sumada a nuestra velocidad-crucero, hace que el instante del encuentro en el espacio no haya de tardar. Nos encontramos en el momento idóneo para tomar las primeras imágenes del planetoide.

—¿De veras vamos a verlo? —preguntó el barón Xarcok.

— Si, si todo funciona bien.

—Eso es imposible —objetó Piero Santone—, Su velocidad más la nuestra, teniendo en cuenta que…

—Por favor, Piero, deja hablar a Arthur Sinclair —le atajó Xarcok

—, Si él dice que podremos verlo, es posible que así sea. ¿Me equivoco?

Arthur Sinclair respondió con claridad, sin vacilaciones, haciéndose dueño de la situación:

—Tengo enfocada la supertelecámara provista de objetivo de dos mil milímetros, el mayor objetivo de telecámara alguna lanzada al espacio. Lo que consigamos ver pasará directamente a una micropantalla que está bajo la lente de un supermicroscopio electrónico, conectado a un circuito de teletrivisión a color, y en pantalla aparecerá lo que el microscopio capte.

—¿Y funcionará todo esto? —inquirió Walker Lin, sin disimular su escepticismo.

—Démosle una oportunidad a nuestro joven y brillante socio —propuso el barón Xarcok. Pese a ser el financiador de la operación e incluso viajar en la nave exploradora, no parecía darle una importancia excesiva.

—De acuerdo, comenzaré la conexión.

Arthur puso en marcha la telecámara. Centró su objetivo y preparó la conexión con el supermicroscopio electrónico. Todo el circuito se puso en funcionamiento, y la gran pantalla se iluminó.

Tras diversas oscilaciones, al fin quedó nítida la figura del planetoide, que todos se quedaron mirando, absortos.

Crystal fue la primera en exclamar, atónita:

—Sí es todo de oro!

La muchacha tenía razón. El planetoide errante era como un gran balón de oro, liso y pulimentado, que brillaba al reverberar la luz del sol. No había protuberancias en su bella superficie, era una esfera perfecta o casi perfecta, parecía salida de las manos de un joyero.

El barón Xarcok, sin dejar de comer sus palomitas de maíz, se rió en «o», muy satisfecho, y se diría que triunfante.

—Mis fuentes de información no han fallado.

—¿Sabía usted que el planetoide era de oro? —preguntó Arthur Sinclair.

—Seguro, seguro, no podía estarlo, pero pude hacerme con un radioespectro aproximativo y, por el análisis de ese radioespectro, no cabía duda de que el oro abundaba en cantidades masivas en ese planetoide. Claro que no llegué a imaginar que el planetoide en sí mismo fuera una bola de oro. Jamás la humanidad ha podido ver tanto oro junto.

—Eso quiere decir que su fuente de información está dentro del propio control de las fuerzas espaciales de la Confederación.

—Es posible.

—¿Tiene usted espías dentro de las fuerzas espaciales?

—La pregunta es muy dura, y no has debido hacerla, muchacho. Si te respondiera que sí, no me quedaría luego otro remedio que eliminarte para que no dieras el chivatazo a tus ex jefes, como, por ejemplo, el general Cordiev. Y si te digo que no, tampoco te lo vas a creer.

Volvió a reírse como solía hacer, y buscó con la mano, sin mirarlo el tazón de plata, que sostenía Walker Lin. Al parecer, las palomitas de maíz untadas en miel eran uno de sus goces favoritos.

—Se me ocurre, barón Xarcok, que usted se ha asociado conmigo para que en los servicios especiales de la Confederación y las fuerzas espaciales no sospechen que tiene usted colocados espías en puntos estratégicos. Siendo yo su socio, pensarán que he sido yo y sólo yo quien le ha dado información cuando en realidad esa información ya la había obtenido por otro conducto.

—Eres muy sagaz, Arthur Sinclair. Efectivamente, yo sabía por mis fuentes de información que existía ese planetoide, y también averigüé que el espectro era metálico y, más concretamente, de oro. Había abundancia de oro y, como no podía dejar que los servicios de seguridad sospecharan de mí, me hice socio tuyo; de este modo quedaba perfectamente explicado mi viaje al planetoide. Oficialmente, tú eres el que me ha dado la información, y quedo al margen de toda posible sospecha.

—Y luego, me elimina a mí, y se queda tranquilamente con todo. ¿No es eso?

Al hacer aquella pregunta, Arthur Sinclair, Crystal miró, interrogante, al barón Xarcok. Arthur creyó descubrir un relámpago de preocupación en los ojos femeninos.

—No he dicho tanto. Un planetoide de oro es suficiente para que nos enriquezcamos todos. Sé que el oro bajará de precio, pero podrá ser utilizado para algo más que joyería o elementos de precisión. El oro, como metal inalterable que es, tiene un vastísimo campo de utilización, hasta los pudientes podrán cubrir sus tejados con tejas de oro.

—Bien, barón Xarcok, ahora que tenemos el planetoide a la vista, y que podemos observar que es fabuloso en cuanto a riqueza se refiere, yo también tengo algo importante que decir, algo que todavía no he revelado a nadie.

Hubo una atmósfera de suspense, una atmósfera que se hizo densa. Hubiérase dicho que alguien había dado la orden para que todos los ceños se fruncieran, mientras observaban, interrogantes, a Arthur Sinclair.

—Veamos cuál es ese secreto a revelar, y si es tan importante como tratas de insinuar.

—Les diré que descubrí la presencia del planetoide gracias a una llamada.

Como quiera que Arthur Sinclair había hecho una larga pausa para atraer más el interés general, Walker Lin preguntó:

—¿Alguien le informó de que existía el planetoide?

—Recibí una llamada del cosmos, del espacio infinito, una llamada, cuando el planetoide aún no había entrado en la influencia de nuestro sistema solar, cuando sólo era un cuerpo celeste, que venía hacia nosotros, pero estaba demasiado lejos para ser detectado.

—¿Una llamada del cosmos, de quién? —exigió ahora Xarcok, sin reírse como solía hacer.

—Parece que se altera usted, barón.

—¿Quién más sabe de ese planetoide y lo que contiene o, mejor dicho, de qué está formado?

—No sé quién era, pero se trata de alguien que pregonaba el avance del planetoide, alguien que viaja en él.

—¿Que alguien viaja en el planetoide? —repitió, incrédulo, el barón.

Todos se quedaron mirando a la pantalla donde quedaba bien enfocado, redondo, liso y brillante, el planetoide de oro.

—Ahí es imposible que viva nadie —mascullό Walker Lin.

Piero Santone, alto, joven y elástico como él propio Arthur Sinclair, sólo que su cabello era negro ensortijado, y no usaba bigote como Arthur, dio su opinión:

—Sólo por su aspecto, es fácil deducir que ahí no es posible la vida, claro que si Arthur Sinclair insinúa que se trata de una gigantesca nave…

—No lo sé —respondió el aludido, sincero.

—Imposible, imposible —repitió Xarcok, algo excitado, como temiendo que el gran negocio de su vida, que ya creía prácticamente realizado se le escalara de las manos como un chorro de agua.

Walker Lin remachó:

—Es demasiado grande para ser una nave, es casi como la Luna. Eso no se le ocurriría ni a un novelista de ciencia-ficción.

—No sé lo que es, ni dónde radica el problema; sólo sé que de ahí parten unas señales, lanzadas por seres inteligentes, que deberemos tener muy en cuenta. Ese planeta, aunque nos parezca absurdo, tiene vida; 110 me pregunten de qué clase, porque no sabría responderles, Lo cierto es que fue esta llamada, surgida del cosmos, lo que me impulsó a proponer este viaje al planetoide.

—No me lo creo —replicó el barón Xarcok—, Tuvo que ser el oro o que suponías que había otras fuentes de riqueza,

—Lo siento por usted, barón Xarcok, pero todos no pensamos igual que usted; todos no buscamos única y exclusivamente el dinero para hacer más y más fortuna. Sé por dónde van sus ambiciones; desea costear un ejército de mercenarios, con el que tratar de dar un golpe de estado a la Confederación, pero no lo conseguirá.

—¿Quién te ha dicho eso, muchacho?

—Nadie, salta a la vista.

—Yo te enseñaré que debes de tener más cuidado con tu lengua. ¡Walker, Piero!

—¡No, no, no le hagáis nada! —suplicó Crystal, intercediendo por Arthur.

—No temas, no me van a hacer nada —replicó Arthur Sinclair, frío, sin retroceder—. La nave está preparada por un sistema automático; si a mí me sucede algo, esta nave reventará y se desintegrará en el espacio. Ya nadie volverá a saber de ella, y todos nos convertiremos en polvo cósmico.

Destilando ira por sus ojos terriblemente redondos, el barón Xarcok preguntó:

—¿Has saboteado la Flash-Z23?

—Tenía que prevenirme; yo estoy solo contra mi socio, que es usted, y todos sus asalariados. Si usted da una orden, nadie obedecerá al comandante de la nave, que soy yo; nadie me hará caso porque es usted quien ¡es paga y, si exige que me lancen al espacio para que jamás nadie pueda hallar mi cuerpo, lo harán sin vacilar. Comprenderá que mi situación a bordo es sumamente delicada y debía buscarme mi seguro de vida; por eso he preparado la nave para que se desintegre en el momento que a mí me ocurra algo. Si yo muero, moriremos todos.

—Eres un estúpido, Arthur Sinclair, Puedo obligarte a que me reveles el lugar donde has colocado la bomba.

—¿Usted cree que lo revelaría, por más que me torturasen...? —Arthur Sinclair sonrió fríamente, lo que irritó aún más al barón Xarcok—, Sería como firmar mi propia sentencia de muerte.

Arthur Sinclair acababa de poner sus cartas boca arriba, No iba a permitir que se prescindiera de él, lo había dejado bien claro. Si él moría, morirían todos, y no pensaba firmar su sentencia de muerte explicando cuál era el proceso automático en que volaría la nave.

En aquellos instantes, la atención más importante la acaparó la pantalla, aquel planeta de oro y sus enigmáticas llamadas, que Arthur Sinclair había logrado captar.

Crystal clavó en Arthur Sinclair sus hermosos ojos, y en ellos brilló la admiración. Nadie se atrevía a hacer frente al barón Xarcok, y él acababa de mostrarle los dientes.

CAPITULO VI

Crystal se detuvo frente a la puerta de la cámara de Arthur Sinclair.

Su semblante era preocupado; había como un rictus de amargura en sus labios, de trazo firme pero a la vez sensual, generoso.

Abrió la puerta y se introdujo en el compartimiento. Arthur no estaba allí, podía verse a la primera ojeada; sin embargo, la joven penetró en la estancia, pues sentía atracción por ella.

Deseaba ver e incluso tocar los objetos que allí había, todas aquellas cosas de uso personal de Arthur Sinclair, el hombre que, aun siendo el comandante de la Flash-Z23, se encontraba solo frente al poder y los hombres asalariados por el barón Xarcok.

Arthur Sinclair no poseía demasiadas cosas particulares. Sobre el estante que había junto a la litera destacaba una piedra negra, con veteado rojo, que brillaba mucho.

Instintivamente, Crystal se acercó y tomó la piedra entre sus dedos. La notó terriblemente pesada, y se preguntó si aquél seria un amuleto o fetiche que Arthur Sinclair guardaba con especial cariño.

Bruscamente, la puerta volvió a abrirse, y Crystal se volvió, sorprendida.

En vez de entrar Arthur Sinclair, vio a Robi-7, que encaró su cabeza de acero y cristal hacia ella. Las luces rojas de alarma comenzaron a parpadear.

—Sistema defensivo físico conectado, sistema defensivo físico conectado... —comenzó a repetir.

La muchacha vio cómo Robi-7 levantaba sus manos y de las puntas de sus dedos brotaron rayos que hacían puente- entre sí, mientras el androide avanzaba hacia ella, amenazador.

—¡No, no, soy amiga de Arthur Sinclair, soy amiga de tu amo

—Sistema defensivo físico conectado, sistema defensivo físico conectado... —repetía Robi-7, que avanzaba con su puente de electricidad por delante, arrinconando a la mujer contra un ángulo de la estancia.

Trató de escapar por su derecha, pero Robi-7 lanzó un rayo hacia ella. No le dio, pero produjo una fuerte quemadura en la pared metálica, que obligó a Crystal a quedarse quieta, sin poder escapar.

—¡Arthur, Arthur!

Como si hubiera estado esperando su llamada, Arthur Sinclair entró en su cámara en aquel instante, descubriendo a Crystal acorralada por los rayos electrónicos de Robi-7, que iban de unos dedos a otros, formando puente ante el rostro femenino.

—¡Robi-7, desconecta tu sistema defensivo físico!

—Orden computada, orden computada...

El androide desconectó su sistema defensivo y dejaron de relampaguear sus luces rojas. Se apartó, ya con los brazos bajados.

—Robi-7, ve a dar una vuelta y no busques conflictos.

—Orden computada, orden computada. Inicio ronda, inicio ronda.

El androide se alejó, desapareciendo por la puerta.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Sinclair, acercándose a la chica.

—He pasado mucho miedo, nunca se sabe lo que puede hacer un robot; siempre les he temido.

—Robi-7 no ataca, si no se le ataca.

—Es que yo no le he atacado.

—El te ha encontrado aquí y te ha computado como una intrusa. Tampoco te hubiera hecho nada si no tratabas de huir, te ha retenido simplemente. Por cierto, ¿cómo es qué estabas aquí?

—Pues... —vaciló— venía a ver si te encontraba. Pasamos tanto tiempo en esta nave sin vernos...

—La nave es suficientemente grande como para que tíos personas no se topen en todo el viaje, si no desean, encontrarse, y tú ya tienes al barón Xarcok.

—Por favor, no prosigas con ese tema.

—¿Ah, no, prefieres hablar de otra cosa?

—Bueno, todos están preocupados por la amenaza de sabotaje que les has hecho.

—Lo entiendo, pero yo he de protegerme. Piero Santone antes obedecerá al barón Xarcok que a mí, y así, todos los demás. No quiero verme lanzado al espacio infinito, y perderme así en la eternidad. La verdad, no me fío de tu barón de marras.

—No seas mordaz. Dime, ¿es cierto que crees que hay alguien con vida en ese planetoide que parece de oro?

—Lo creo porque capté una llamada de él. La llamada del cosmos, decía al principio, pero pronto la localicé en el planetoide.

—¿Y ese planetoide no puede ser un repetidor?

—Es una posibilidad. Lo sabremos cuando consigamos poner el pie sobre él, aunque no sabía que te interesaran tanto estos detalles. Creí que sólo viajabas por hacer compañía al barón Xarcok, el hombre que es capaz de pedir una docena de ostras y que le salgan todas con perla porque así lo exige y, si no están, se las inyectan.

—No seas tan duro conmigo, Arthur; lo cierto es que te comprendo.

—Pues no necesito que me comprendas. Este viaje lo he emprendido porque me interesa. Quería ser el primero en llegar a ese planetoide, hasta ahora jamás hemos encontrado vida inteligente en parte alguna. Me gustaría ser el primer terrícola que estrechase la mano de un ser venido de otros mundos.

—Entonces, ¿no has emprendido este viaje por hacer fortuna?

—No exactamente, aunque la fortuna tampoco la rechazo, pero si la he de conseguir como tantos y tantos conquistadores a lo largo de nuestra historia, es decir, esclavizando a los conquistados, no la quiero.

—Eres un tipo extraño, Arthur. Tú jamás harás riqueza como el barón Xarcok.

—¿Acaso para conseguir favores de hembras como tú he de ser un hombre parecido al barón Xarcok?

—Me gustaría abofetearte de nuevo -—silabeó, trémula.

—¿Te tranquilizaría hacerlo?

Se le acercó hasta rozarla, pero ella no se movió de donde estaba.

—Golpéame si quieres, pero no tienes razón. Lo cierto es que nada más conocerte me hice ilusiones contigo, ilusiones que el barón Xarcok, con su aparición, se apresuró a destruir. Era como un árbol cuajado de hojas que, al recibir el embate de un vendaval invernal, las perdió todas. ¿Qué esperas de mí ahora si soy un árbol seco, hostil?

—Las cosas son como son y la vida hay que aceptarla como viene.

—Es cierto, la vida hay que tomarla como es, no puede cambiarse. Ahora, ¿puedes decirme qué hacías aquí?

—Ya te lo he dicho, toda la tripulación está inquieta a causa de la amenaza de sabotaje.

—Si te ha enviado Xarcok, dile que no ocurrirá nada, si nadie atenta contra mí.

—Creen que la bomba está en tu androide.

—¿En Robi-7? —se echó a reír.

—¿No está en el robot?

—Si eso es lo que habías venido a preguntarme, puedes marcharte tranquila y decirles que es inútil que toquen al robot. El no lleva la bomba, claro que como imaginé que, de una forma u otra, yo sería vigilado, él sí se encargó de colocarla.

—¿Robi-7?

—Exactamente. El puso la bomba y luego borré de su memoria la operación; de modo que es inútil que traten de sonsacársela. Si has venido a mi cámara a espiarme, ya sabes qué decirle a tu amo.

—¡No soy ninguna esclava!

—Pues cualquiera pensaría que te has colocado tú misma el yugo de la esclavitud para gozar de los placeres que pueda proporcionarte ese tipo estrafalario.

—No, no, no —denegó Crystal, moviendo la cabeza de un lado a otro, y bajando los ojos para no mirar a Arthur, como si tuviera vergüenza.

—Sí, sí, sí,

Arthur la había cogido por los hombros y casi la sacudía. Terminó abrazándola con fuerza, aprisionándola contra su cuerpo hasta que notó que le aplastaba los turgentes pechos como si pretendiera formar de los dos cuerpos uno solo.

Pese a la violenta presión, Crystal no se quejó y, cuando pudo levantar la cabeza, se encontró con los labios de él, que buscaban su boca. Sin vacilar, se la ofreció, trémula y jugosa.

Fue una entrega sin concesiones, sin súplicas, sin preguntas ni promesas. En aquellos instantes, el mundo eran ellos dos, no existía nada más en su entorno y el tiempo sólo era el furioso presente. Cada segundo, cuando quedaba atrás, ya era pasado; cada segundo que faltaba por llegar, era futuro. Cada segundo en el que ambos vibraban al unísono, era su tiempo de vivir, de gozar, de amar y de sufrir.

* * *

Alargó su mano y le acarició los cabellos sueltos, esparcidos sobre la amplia litera.

Crystal gimió suave y dulcemente. Arthur admiró la belleza de su cuerpo, el brillo aterciopelado de su piel tersa, fresca y cálida a-la vez, la perfección de sus líneas atractivamente venusinas. La tenía a su lado, totalmente suya, aunque fuera sólo por un breve tiempo.

El amor con Crystal era algo sublime, que transportaba a mundos desconocidos, donde la música tenía colores, los cuerpos dejaban de ser pesados y la razón escapaba de las mentes para dejarlas tranquilas, libres de preocupaciones y temores que pudieran cortar aquella felicidad que duraba poco, pero que resultaba de una intensidad tal que el tiempo carecía de valor,

—¿Qué le dirás a Xarcok?

—Hum... —gimió, con un mohín de protesta—. No lo menciones

ahora.

—¿Por qué no? Somos socios y el hecho de ser socios, como diría cualquier cínico, ya nos convierte en enemigos.

—Déjalo en paz —pidió ella, sin abrir los ojos, buscando el tórax de él para esconder su rostro.

—No puedo.

—¿Por qué eres tan celoso y machista?

—Soy un hombre al que no le gusta compartir ciertas cosas.

—¿Entre esas ciertas cosas está la mujer?

—Crystal, Crystal, ¿por qué deseas provocarme?

—¿Me quieres, Arthur, me quieres?

— Sí, te quiero y te odio al mismo tiempo. Siento deseos de rodear tu cuello con mis manos y apretar, apretar con fuerza hasta que dejes de respirar.

—Si deseas estrangularme, arrancar el aire de mi cuerpo y dejar sin sangre mi cerebro, mi cuello está al alcance de tus manos, no voy a defenderme. Mátame si eso va a calmar tu rabia, tu rencor, tus celos.

—Sabes que no podría hacerlo, lo sabes, y menos después de...

—Sí, después de amarnos, de darnos cuenta de que nos unimos a la perfección, de que somos capaces de vibrar al unísono.

—Pero ¿por qué, por qué te vendes a ese hombre? ¿Tan importantes son para ti unos trajes costosos, unas joyas para llevar encima?

—No, no lo son.

—Entonces, aún lo comprendo menos.

—Algún día quizá lo entiendas.

—¿Algún día? Creo que ese día no llegará jamás, si vuelves con el barón Xarcok.

—¿Qué harás para impedirlo, matarme?

—Le mataré a él,

—No, no lo harás.

—¿Por qué no, me lo van a impedir sus secuaces...?

—Es posible, pero no lo harás porque te lo voy a pedir yo.

—¿Tu, con qué derecho?

—Con el derecho de estos minutos de amor que hemos vivido juntos.

—Si vuelves con él, estos minutos ya no tendrán valor.

—¿Y si te prometo que no habrá ningún minuto, ningún segundo como los que tú y yo estamos viviendo, entre el barón y yo?

—Quizá por parte tuya no haya ningún momento de placer, pero ¿y por parte de él? Tú eres algo maravilloso que él querrá disfrutar, sea con tu consentimiento o sin él.

—Si te prometo que él no gozará de este placer, ¿dejarás a un lado tus deseos de pelea?

—¿De verdad serás capaz de contenerlo?

—¿Crees en mi palabra o no?

—Deseo confiar en ti, pero me va a ser difícil. Por lo visto, mi instinto todavía es de hombre primitivo, no puedo evitarlo, pero no soy de esa clase de hombres capaces de compartir con otros a la mujer que aman,

—Haz un esfuerzo —le pidió ella, mimosa, besuqueándole los labios entre palabra y palabra.

—¿Un esfuerzo, y qué recibiré a cambio?

—Otros momentos como estos que hemos pasado juntos, pero no debe enterarse nadie, ¿comprendes? Nadie.

—Está bien, me gusta el pacto, pero todavía es pronto para que te vayas.

Volvió a rodearla con sus brazos, estrechando su cuerpo, mientras ella seguía besándole, besándole.

CAPITULO VII

Arthur Sinclair había abierto las compuertas del pecho de su androide Robi-7 y extrajo una cinta magnética. Le dio la vuelta y la rebobinó, disponiéndose a escucharla.

Media hora más tarde, se acomodaba en la butaca de comandante.

El barón Xarcok, Walker Lin y Piero Santone se hallaban también en la cabina. En pantalla, bien centrado, se veía el planetoide de oro. Para conseguir la imagen, ya no hacía falta utilizar el objetivo del microscopio electrónico, podían verla claramente.

—Sujétense —ordenó Arthur Sinclair, sin mirar a nadie, controlando la nave.

—¿Iremos a su encuentro? —preguntó el barón Xarcok.

—Hemos estado navegando en círculo durante treinta horas y ahora nos encontramos con la proa en la misma y exacta ruta del planetoide, sólo que ligeramente separados, Pondremos los propulsores en ignición y cogeremos impulso, pero inferior a la velocidad que lleva el planetoide que, siguiendo su camino, no tardará más de cinco horas en alcanzarnos. Cuando llegue a nuestra altura y comience a rebasarnos, efectuaremos la maniobra de aproximación, aumentando la velocidad.

—¿Y si la maniobra no sale bien? —preguntó Walker Lin.

—Existen varias posibilidades; una de ellas, que quedemos atrás, sin conseguir alcanzarle, y tengamos que regresar a la Tierra derrotados. Otra, que el planetoide, por unas décimas de grados de desviación, se nos eche encima y terminemos aplastados contra su superficie, pero también tenemos la posibilidad de acertar.

—Eh, fíjense en lo que hay sobre la superficie del planetoide... Parece una antena, ¿verdad? —inquirió Walker Lin.

Todos miraron hacia la pantalla, mientras toda la nave Flash-Z23 temblaba al ser puestos en marcha los autopropulsores, que le dieron un poderoso impulso.

—Sí, son antenas y hay varias —observó Piero Santone.

—De modo que tenías razón, ¿eh, Arthur Sinclair?

- Se lo dije, barón. De ahí partió una llamada, la llamada del cosmos, la llamada de alguien extraño a nuestra Confederación. Siempre se ha hablado de seres extraterrestres con inteligencia, pero jamás hemos dado con ellos porque no hemos conseguido salir aún de nuestro sistema estelar y entrar en otro, pero ellos sí han podido entrar en el nuestro.

—¿De verdad crees que ahí hay seres inteligentes?

—No tardaremos en comprobarlo, barón, y si los hay, ese planetoide de oro será suyo y no nuestro.

—Eso está por ver. La Flash-Z23 está armada, por si alguna contingencia lo requiere.

—Usted sabe que está prohibido viajar por el espacio con naves armadas, salvo que sean naves milicianas de la Confederación.

—Tú mismo has dicho que hay que estar alerta, por si ocurre algo. Ahí puede haber seres con deseos de desintegrarnos —dijo, señalando al planetoide que casi ocupaba toda la pantalla de la teletrivisión a color.

—Si están ahí, aún no han mostrado ningún signo de hostilidad y, mucho menos, de belicosidad.

—De todos modos, si el planeta es de oro, yo quiero mi parte, pese a quien pese.

—Si por conseguir esa fortuna, ataca a seres que pueden convertirse en nuestros amigos, yo no estaré a su lado, barón.

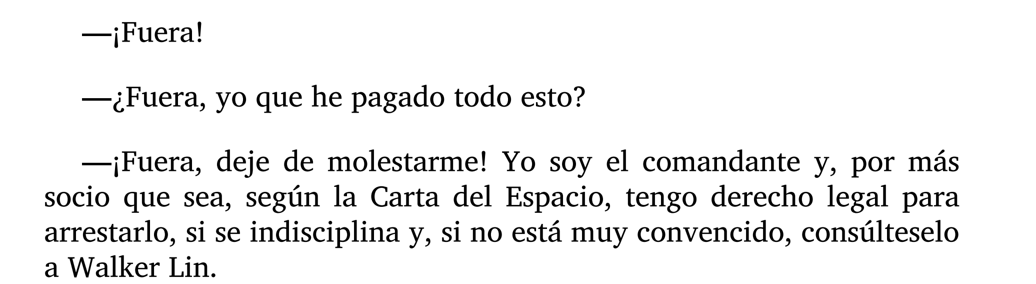
—Quien no está conmigo es mi enemigo.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Vuelves a amenazarme con el sabotaje de la nave?

—No tengo tiempo para discutir ahora la maniobra más difícil de todo el viaje debe realizarse ahora y, si no tiene nada importante que hacer, mejor se marcha.

Cuando Crystal entró en la cabina, atraída por las vibraciones de la



nave,, pudo oír a Arthur Sinclair gritar con dureza:

—¡Fuera!

—¿Fuera, yo que he pagado todo esto?

—¡Fuera, deje de molestarme! Yo soy el comandante y, por más socio que sea, según la Carta del Espacio, tengo derecho legal para arrestarlo, si se indisciplina y, si no está muy convencido, consúlteselo a Walker Lin.

El aludido puso cara de circunstancias. En voz baja, mohína, dijo:

—Será mejor que dejemos que hagan la maniobra. El nerviosismo de los cosmonautas puede provocar una catástrofe.

El barón Xarcok no reía ahora, estaba furioso. La propia Crystal pudo presenciar la escena, y se dio cuenta de que la humanidad normalmente burlona y despótica que caracterizaba al barón Xarcok, se habría desatado en cólera de no haberse dado cuenta de que en aquellos instantes el jefe supremo era Arthur Sinclair.

—Salgamos, pues, y tú también, Crystal, tú también —le dijo el barón Xarcok.

Arthur Sinclair estuvo a punto de pedirle a la joven que se quedara, mas no lo hizo. Le dedicó una sonrisa, y puso la máxima atención en controlar la nave, que adquiría más y más impulso, mientras el planetoide se les acercaba.

Los sensores acusaban cada vez con mayor intensidad ¡a presencia de aquel astro, que debería ser la mitad que la Luna y, sin embargo, poseía una magnetoesfera muy poderosa. La gravedad tampoco correspondía a su masa física, pues una fuerza añadida semejaba aumentar la gravedad.

—Gravedad uno —confirmó Piero Santone.

—Parece imposible, con ese tamaño.

—No hay error —reafirmó Piero Santone.

—Si no fuera tan grande, diría que es una nave o, por lo menos, se le parece; tiene todas las características de una nave gigante, viajando por el espacio,

—Si es así, corremos el riesgo de ser destruidos por sus habitantes,

en cuanto lleguemos & su altura.

—Es un riesgo que hemos de correr, ya no nos podemos volver atrás.

—¿Y si ellos disparan?

—Si disparan, nos defenderemos. Por lo visto, el barón ha armado esta nave como si fuera de conquista, ¿Sabes tú hacer funcionar todo este armamento?

—Sí.

—Me lo figuraba,

— No podía decírtelo, son órdenes del barón.

—Creí que las órdenes las daba el comandante de la nave, y no el propietario.

—El que tú seas el comandante es un accidente necesario, ya has oído las explicaciones del barón. No quería que sospechasen que tiene espías dentro de las fuerzas espaciales, y tú has hecho de pantalla.

—Está bien, ya tendremos tiempo de hablar de ese asunto. Si llega el caso de que somos atacados, encárgate tú de replicar,

—Lo haré con mucho gusto, lo malo es que quizá no tengamos tiempo de replicar. Desconocemos el poder de estos seres, porque ahora ya no cabe duda alguna de que ese planetoide está habitado, aunque no sé de qué forma. Es tan liso, tan pulimentada la plancha de oro que lo recubre, que no entiendo dónde pueden vivir.

—Creo que dentro del planetoide —opinó Arthur—; si es que se trata de un planetoide y no de una macronave lanzada al espacio, con un gran impulso para viajes interestelares.

—Sí, es una posibilidad. En una nave de ese tamaño podrían vivir siglos enteros, y unas generaciones se sucederían a otras. Los hijos de los hijos de los hijos de quienes iniciaron el viaje podrían llegar al destino que se hubieran marcado.

—Lo malo es que, si no cambian la ruta, van directos al Sol, es decir, a su propia destrucción. Antes de que lleguen a nuestro Sol, todo ese oro se fundirá, y también lo que haya debajo de él. El planetoide desaparecerá Como una bolita de papel cayendo sobre las

¡la mas de una fogata.

—¡Alerta, ya se acerca! —advirtió Piero Santone.

Todos los mandos comenzaron a trepidar, y luces de todos los colores se encendían en los paneles luminosos, mientras en las pantallas de radar aparecía la imagen del planetoide echándoseles encima.

—¿Has calculado bien la distancia?

—Espero que sí.

—Yo noto ya su presencia —gruñó Piero Santone, tratando de controlar todos los mandos que le concernían, mandos que semejaban dislocarse ante la masa del planetoide que se les echaba encima.

—¡Nos vamos a aplastar contra él! —gritó Piero.

—¡Maldita sea, es su poder de atracción!

De repente, la nave sufrió una violentísima sacudida en dirección contraria al planetoide, que ya podían ver directamente. Piero Santone casi cayó al suelo, mientras en las ventanas de la nave todo era color oro.

—¿Qué ha pasado?

Arthur Sinclair dio fuerza a los motores, y utilizó los retropropulsores laterales para contrarrestar la terrible fuerza que los desviara de su ruta.

—¡Ese maldito planetoide, con una fuerza desconocida, nos ha escupido de su lado!

—¿Escupido?

—Sí, parece que tienen un sistema de defensa automático contra cuerpos extraños, como naves o meteoritos, que le puedan caer encima. Al notar su aproximación, los escupe hacia el exterior; es como si hubiéramos rebotado contra una barrera magnética e invisible.

—¿Qué haremos ahora?

—Perforarla.

—¿Cómo?

—Por las buenas o por las malas, le voy a dar toda le fuerza.

—¡Se nos escapa! —gritó Piero viendo que, poco a poco, la gran esfera áurea del planetoide comenzaba a rebasarles.

—¡¡Allá vamos!!

Toda la nave tembló, de proa a popa, y las luces comenzaron a hacer intermitencias, encendiéndose las rojas de emergencia a cada instante.

—¡Vamos a reventar! —gritó Piero Santone, mientras dentro de la cabina de mando el ruido era infernal, ensordecedor. Todos los mandos de tipo automático trepidaban, y de algunos hasta salían chisporroteos, al no poder soportar el trabajo a que se les sometía.

—¡Lo hacemos ahora o nunca! —gritó Arthur Sinclair para hacerse oír.

Piero Santone conectó el micrófono para que toda la tripulación oyera lo que ellos hablaban, y también el ruido que se había originado en la cabina de mando, que tenía el aspecto de ser un verdadero caos.

—¡El núcleo del combustible está subiendo de temperatura!

—¡Aún podemos aguantar! —replicó Arthur Sinclair.

—¡Estamos en zona roja, y las paredes de aislamiento ya están en los mil quinientos grados Celsius!

—Aún pueden resistir más.

—¡Se resquebrajarán! —advirtió Piero Santone, sinceramente asustado.

Arthur Sinclair no parecía dispuesto a retroceder, a darse por vencido, y la nave seguía impulsándose, gastando energía para impedir que el planetoide se alejara, y al mismo tiempo para perforar con su proa la coraza magnética con que se hallaba revestido el planetoide.

—¡El calor en todas las dependencias está aumentando, puede ser una fuga!

—¡Que la revisen! ¡Ahora vamos por el planetoide, ya hemos logrado impedir que se aleje de nosotros!

—¡No conseguiremos perforar su coraza!

—¡Aunque la nave reviente, lo haremos!

Todos los indicadores se pusieron en zona roja.. Cuantos se hallaban en la nave comenzaron a sudar copiosamente y a notar síntomas de asfixia.

Se apretaban el cuello como para hacerse masaje mientras abrían mucho las bocas. Otros se estiraban en el suelo allí donde se encontraban, como incapaces de seguir en pie, al tiempo que evitaban tocar las paredes que se recalentaban. El suelo, construido con material más aislante, parecía resistir más.

- ¡Vamos a morir!

—Todavía no estamos muertos —le replicó Arthur Sinclair, que no parecía dispuesto a retroceder.

La puerta de la cabina de mando se abrió violentamente. Tambaleándose, empapado de sudor, congestionado, apenas pudiendo hablar, cogiéndose donde podía, entró el barón Xarcok.

—¡Para esta máquina infernal, vamos a morir todos!

La presión de los motores de propulsión cedió, y Arthur Sinclair bufó, vaciando sus pulmones.

—Lo hemos conseguido.

—¿El qué? —balbució el barón Xarcok, incapaz de reponerse con la prontitud con que lo hacía Arthur Sinclair. Al barón, con sus ciento y pico de kilos, le era más difícil volver a la normalidad. Necesitaba más aire y más frialdad para estar bien de nuevo.

—Hemos perforado la magnetoesfera de protección. Ahora entramos en su órbita baja.

—¿Y qué significa eso?

—Que podremos descender a la superficie del planeta de oro.

—¿Sin reventar?

—Sí, sin reventar. Fíjese que todo vuelve a la normalidad.

—Es cierto —asintió Piero Santone, viendo que todas las agujas, lentamente, abandonaban la zona roja.

La nave regresó a la normalidad, el sistema de refrigeración para emergencias comenzó a funcionar a la perfección.

—Parece un milagro —musitó el barón, fatigadísimo.

—Había que jugarse el todo por el todo —replicó Arthur Sinclair —. Ahora ya no nos podemos quedar atrás, estamos atrapados en su órbita, y descenderemos suavemente sobre su superficie.

—¿Crees que podremos posarnos sobre el planetoide?

—Todo lo que hagamos es nuevo. Voy a enviar unas audiosondas, y ellas nos dirán si podremos posarnos.

—Hazlo; como tú dices, ya no podemos volvernos atrás.

Arthur Sinclair efectuó las pruebas para comprobar la posible solidez de la superficie del planetoide, y ésas dieron positivo en relación a la nave que tripulaban.

Ello le indujo a descender despacio, con suavidad, sin prisas. Allí no había atmósfera que vencer, pero sí estaba aquella fuerte atracción gravitatoria que al llegar a la magnetoesfera se convertía en reacción inversa, y escupía cuantos objetos naturales o artificiales se le pudieran acercar, evitando así que nada cayera sobre la inmaculada superficie áurea.

—No me cabe ninguna duda de que esto es una nave gigantesca — opinó Fiero Santone, mirando por las ventanas y viendo aquellas antenas repartidas por la superficie del planetoide.

—Si está habitada, cómo espero, es muy posible que salgan a recibirnos.

—Iremos todos armados —advirtió el barón Xarcok.

—Nadie bajará armado —replicó Arthur Sinclair.

—¡Aquí mando yo, es mi dinero, todo lo he pagado yo!

—Deje de chillar o lo consideraré, amotinamiento en el espacio, y le haré arrestar y encerrar en una cámara para que deje de molestar y

luego sea juzgado, según la Carta Magna del espacio.

—¿Arrestarme a mí? —Xarcok tuvo fuerzas para reírse—. ¡Mis hombres, antes, te enjaularían a ti, idiota!

—Si sus hombres, que ahora son los tripulantes, no me obedecen, el arresto lo ejecutará mi androide Robi-7, y le aseguro que él no discute mis órdenes.

—Robi-7 acude a la llamada, Robi-7 acude a la llamada.

El robot acudió de inmediato, hablando con su voz de bocina.

—Robi-7 —interpeló Arthur Sinclair—, arresta al barón Xarcok y enciérralo en la cámara veintitrés. Custodia su puerta, para que nadie entre ni salga hasta nueva orden.

—Orden computada, orden computada... Arrestar a barón Xarcok y encerrar en cámara veintitrés. Custodiar puerta, nadie entrar ni salir, orden computada.

—¿Qué significa esto? —rugió el barón Xarcok, retrocediendo ante las manos de Robi-7 que, despidiendo rayos, se acercaban a él.

Piero Santone quiso saltar en ayuda del barón, pero fue contenido por Arthur, que le advirtió:

—Si lo tocas ahora, el androide te destruirá, está cumpliendo órdenes.

—¡Sacadme a este monstruo mecánico de encima! chillaba, histérico, el barón Xarcok.

Robi-7 disminuyó el potencial eléctrico de sus dedos, y con ellos apresó el brazo del barón, que comenzó a gritar de dolor. Robi-7 echó a andar y Xarcok, sin dejar de gritar, no tuvo otro remedio que seguirle.

—Esta humillación no te la va a perdonar nunca.

—Me importa muy poco.

—El barón Xarcok es muy poderoso, él es el amo.

—Aquí, el comandante soy yo y no él, es lo que especificaba el contrato. No toleraré más órdenes de nadie, y menos, órdenes que nos puedan llevar a un desastre. Robi-7 lo mantendrá arrestado, y no

pasará de ahí. Si tiene un berrinche, que luego se tome una aspirina para la jaqueca.

Piero Santone le miró de reojo y se calló. Casi tropezando, entro Walker Lin, inquiriendo:

—¿Qué le ha pasado al barón Xarcok? Iba gritando, atrapado por ese robot.

—El barón Xarcok está arrestado —explicó Arthur, sin darle importancia y sin saber que sus palabras podían oírse en toda la nave, ya que Piero Santone había conectado el circuito de altavoces.

—¿Arrestado? Imposible, él es…

—No me repita eso de que él es el amo. El y yo somos socios, a ver si se enteran de una maldita vez, y yo soy el comandante. A cualquiera que se amotine, lo haré arrestar y, si alguien trata de atacar a mi androide, todos nos desintegraremos. Es un aviso que más vale que tengan en cuenta. En estos momentos difíciles, conviene aceptar las cosas como son.

—Está bien, pero esto no quedará así —gruñó Walker Lin.

—Piero, vamos a tomar suelo sobre el planetoide. Esperemos que no suceda nada desagradable.

—¿Desagradable, como qué?

—No sé. Esa bola gigantesca de oro podría almacenar en su superficie una carga de electricidad estática más que suficiente para no dejar una célula viva en toda la nave.

—Sí, es una posibilidad. Explorar un planeta o un planetoide nuevo es correr un riesgo tras otro, pero ya que estamos aquí, adelante.

—Bien, Piero. Veo que, pese a venderte al dinero, no has olvidado las máximas de los buenos cosmonautas.

CAPITULO VIII

El barón Xarcok estuvo golpeando la puerta de la cámara veintitrés, pero el robot biónico, que estaba afuera custodiándola, no le abrió y le dejó que diera golpes inútilmente.

—¡Maldito, maldito, te mataré por esto!

Al fin, exhausto, se dejó caer en la litera y resopló, furioso.

Mientras, Arthur Sinclair había ido maniobrando con la Flash-Z23, acercándose más y más al planetoide para evitar cualquier brusquedad.

—Vamos a tomar contacto —advirtió por el micrófono, dándose cuenta de que ya estaba conectado. No le dio importancia, pensó que era mejor que el resto de tripulantes se hubieran dado cuenta de por dónde iban los tiros.

La toma de suelo se realizó con una gran suavidad, apenas hubo rozamiento.

Arthur Sinclair hizo avanzar la nave hasta situarse junto a una de las antenas que emergían de la superficie del planeta como patas. Al colocarse la nave junto a una de dichas antenas, se percató de la considerable altura que tenían, pues rebasarían los doscientos metros. También eran de oro exteriormente; quizá el oro revestía el acero, que así quedaba protegido contra cualquier ataque químico.

Arthur Sinclair detuvo todos los motores, y sólo dejó abierto el circuito de energía de mantenimiento.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Piero Santone

—Bajar a explorar.

—Ahí abajo no hay atmósfera.

—Utilizaremos los trajes de supervivencia en el espacio.

—¿Y quién bajará?

—Yo.

—¿Solo?

—No, no lo haré solo. Tú te quedarás al mando de la nave, mientras exploro el planetoide.

—El barón exigirá que vaya alguien de su confianza.

—El barón no puede exigir nada, está arrestado; sin embargo, puede bajar Walker Lin conmigo.

—Sería mejor que descendiera yo.

—Insisto en que tú, no. Si alguien puede controlar la nave, si yo desaparezco, ese alguien eres tú.

—De modo que bajaréis tú y Walker Lin... Puede ir alguien más.

—Sí, eso creo yo —dijo, de forma pensativa, mientras abandonaba su butaca.

—¿Y quién más?

—Ya te lo diré.

Salió al corredor y fue a su habitación. Allí le estaba esperando Crystal, que le echó los brazos al cuello.

—Qué miedo he pasado, Arthur. Creí que nos moríamos.

—La verdad es que yo también comenzaba a dudar de que la nave aguantara. Si no llega a ser un modelo tan nuevo y avanzado, nos freímos dentro de este cascarón.

—Menos mal. Y el barón Xarcok, ¿qué has hecho con él, es cierto que está arrestado?

—Sí, Robi-7 lo está cuidando.

—Has cometido una temeridad arrestándolo. Su orgullo no te lo va a perdonar.

—Eso mismo me ha dicho Piero Santone, pero necesitaba una lección. Siempre anda de un lado para otro, gritando o riéndose del prójimo. Un poco de humillación no le irá nada mal. Ahora, prepárate; vas a vestirte con el traje de supervivencia espacial.

-¿Yo?

Ante aquella exclamación de sorpresa, Arthur Sinclair le explicó:

—Sí, descenderás conmigo y Walker Lin al planetoide. Hay que empezar a explorar.

—Es que yo no entiendo nada de exploraciones.

—No te subestimes, tu mirada puede ser tan certera como la mía. Además, nos acompañará Robi-7, y él es capaz de detectar cualquier

cosa.

—Yo no soy la más indicada para bajar.

—Sí, tú puedes serlo —insistió Arthur Sinclair, que no parecía dispuesto a salir de la nave sin ella—. Si Robi-7' baja, el barón posiblemente escape de su celda y, si tú estás abajo, no cometerá ninguna tontería.

—¿Quieres que baje contigo, como si fuera un rehén?

—No, eso tampoco, es que me .sentiré mejor si bajas conmigo; claro que si quieres quedarte, no puedo impedírtelo.

—Está bien, bajaré, pero te confieso que me da miedo. Nunca he pisado otro planeta que la Tierra o satélite que la Luna; ni siquiera llegué a viajar a Marte.

—Si has estado en la Luna, habrás utilizado los trajes de supervivencia espacial.

—Fue muy breve, sólo una visita turística, nada más.

—Es suficiente. El traje que utilizarás ahora es algo más complejo y un poco más pesado, también más seguro y resistente.

—De acuerdo, Arthur, me has convencido. Sabes que terminaré haciendo todo lo que me pidas.

Todos, en la nave, se tranquilizaron en parte al comprobar que se habían posado sobre la superficie del planetoide de oro con suavidad y sin problemas, y que ahora, pegados a él, viajaban hacia el lugar adonde el planetoide se dirigiera.

Lo que ignoraban la mayoría de los que iban en la nave era que el planetoide iba directo al sol, lo que significaba su destrucción. No obstante, había algo de tensión, después de saberse que Arthur Sinclair había hecho encerrar al barón en una cámara con puerta de cierre exterior. Arthur Sinclair había hecho lo que nadie se había atrevido siquiera a imaginar; el barón Xarcok era muy poderoso y, más tarde o más temprano, su venganza se dejaría sentir.

Walker Lin hizo que Piero Santone le asegurara bien el traje de supervivencia; no parecía demasiado tranquilo.

—Me gustaría llevar una pistola —rezongó, antes de que le

colocaran el yelmo espacial.

—No, no llevaremos pistola ni ninguna clase de arma.

—¿Y si nos atacan?

—Aguantaremos.

Walker Lin se quedó gruñendo por lo bajo, y Arthur se encargó de ajustar el traje de Crystal, que parecía haberse tragado su nerviosismo.

—Vamos a explorar algo desconocido. Nunca se sabe lo que puede ocurrir, pero si es algo malo, no estarán mejor los que se queden a bordo de la nave.

—Afrontaremos lo que sea, Arthur.

—Bien, pues ya que estamos listos, voy a llamar a mi androide.

De un bolsillo sacó el telecomunicador que le unía con el robot biónico, a través del espacio.

—Robi-7, Robi-7, te llama Arthur Sinclair.

Aguardó, y al poco escuchó la respuesta del robot a través del minúsculo telecomunicador.

—Robi-7 a la escucha, Robi-7 a la escucha.

—Robi-7, abandona tu puesto de vigilancia, y ve a la cámara de despresurización en la entrada de la nave.

—Orden computada, orden computada. Robi-7 acude a la cámara de despresurización en la entrada de la nave, Robi-7 acude a la cámara de despresurización en la entrada de la nave.

El robot biónico comenzó a moverse. Hizo pequeños giros como para orientarse y después avanzó rápidamente, sin hacer ruido apenas.

Se alejó de la puerta tras la que permanecía encerrado el barón Xarcok, y tres minutos después entraba en el lugar indicado.

—Robi-7, bajarás al planetoide con nosotros y estarás atento. Conectarás todos tus sensores e informarás de cualquier presencia viviente y extraña a nosotros.

—Orden computada, orden computada, sensores conectados, sensores conectados... Daré información periódica, daré información periódica.

—Piero, ya puedes abandonar la cámara. Si sucede algo, tú eres el comandante de las Flash-Z23, que es en realidad lo que estás deseando.

—Antes de marcharte, nos dirás dónde has colocado el artefacto explosivo.

—No.

—¿Piensas mantener la amenaza por control remoto?

—En realidad, no es una bomba, sólo que la nave no funcionará, si en determinado momento no estoy yo presente.

—Todo puede ser una simple argucia y no haber nada.

—Sí, puede ser —respondió, cínico, Arthur Sinclair—, pero si te arriesgas a marcharte sin mí o eliminarme, ya sabes a lo que te expones. Puede ser un farol o ser la verdad. Ahora, aléjate, vamos a despresurizar esta cámara.

Walker Lin miró a Piero Santone con temor. Sí, tenía miedo de que pudieran dejarle abandonado sobre el planetoide. Walker Lin era el hombre de confianza del barón Xarcok, pero sabía muy bien que el barón no dudaría en abandonarle en cualquier parte, si con ello conseguía sus fines, fueran los que fuesen. Ese era uno de los peligros de trabajar para -un hombre tan despiadado y egoísta corno el barón Xarcok. Su aparente generosidad no era más que exigencia, arrogancia y deseos de humillar.

La pesada compuerta se cerró, aislándoles del resto de la nave.

Quedaron los tres con sus trajes de supervivencia, y Robi-7 junto a ellos. El robot biónico no precisaba de nada para pasar de un lugar con atmósfera a otro sin ella.

Cuando la atmósfera se redujo a cero dentro de la cámara, comenzó a abrirse la compuerta que daba al exterior, mientras se estiraba automáticamente la rampa que terminaría por tocar la superficie del planetoide.

Un mundo nuevo y extraño se abría ante ellos.

Semejaban haberse detenido en el espacio, nada se movía en apariencia y, sin embargo, viajaban a una velocidad espeluznante en dirección al Sol.

Para ellos, en la relatividad del momento que vivían, todo estaba quieto. Frente a sus ojos, miríadas de estrellas que brillaban con una nitidez sólo posible cuando se hallaban lejos de toda atmósfera. Luego, estaba el suelo del planetoide, que brillaba reverberando la luz solar. Todo era oro pulido. Aquel planetoide semejaba la obra de un gigantesco orfebre del espacio, surgido entre las estrellas.

—Adelante —dijo Arthur, a través del telecomunicador embutido en los cascos espaciales.

Fue el primero en subirse a la rampa y comenzó a descender. Crystal le siguió y, tras ella, Walker Lin. Robi-7 cerró la marcha del grupo explorador.

Arthur se detuvo en el borde final de la rampa, y se quedó mirando el suelo. Si aguantaba el peso de la nave, tenía que soportarles a ellos.

Por otra parte, resultaba un misterio que, siendo un planetoide con un tamaño de la mitad de la Luna, pudiera tener gravedad uno como el planeta Tierra.

Avanzó su pie derecho, calzado con la bota del traje de supervivencia, y pisó el suelo de plancha de oro. Aquello era el paraíso de los buscadores de metales preciosos, oro por todas partes, ¿qué más se podía pedir?

—Es fantástico —opinó Crystal, con sinceridad, llenándose los ojos con aquella luz áurea que todo Io invadía.

—Siempre comunicándose entre ellos a través del telecomunicador, Walker Lin preguntó:

—¿Creen que este oro se podrá extraer?

—Mi opinión es que se trata de un revestimiento —respondió Arthur, al tiempo que se agachaba y golpeaba el suelo con su puño.

—¿Nota algo raro? —inquirió Walker Lin.

—No, nada, y lo más extraño es que no veo uniones ni remaches.

—¿Signes pensando que esta superficie es artificial?

—Estoy seguro, y quien ha llevado a cabo este revestimiento debe pertenecer a una civilización con técnicas de soldadura del oro muy adelantadas.

—Es cierto —admitió Crystal—, y ahí está la torre, para que no nos queden dudas de que hay alguien.

Miraron la gigantesca torre, que subía por encima del techo de la nave posada junto a ella.

—¿Qué haremos ahora? —.preguntó Walker Lin—. ¿Caminar por esta superficie de oro o haremos un agujero en el suelo para ver qué hay debajo?

—Será mejor que exploremos el pie de la torre.

Arthur echó a andar en dirección a la base de la torre. Crystal se puso a su altura.

Por su parte, Robi-7 giró en círculo y, a través de su telecomunicador incorporado, dijo:

—Nada biológicamente vivo, nada biológicamente vivo.

Se alejaron de la rampa, y avanzaron hasta la base de la torre de la gran antena que podía lanzar y recibir mensajes a través del espacio. Posiblemente, también debía servir para intercomunicar una parte del planetoide con la otra, a modo de satélite artificial de comunicaciones, pero fijo.

Arthur Sinclair estaba seguro de que si alguien subía a la cúspide de la antena, desde ella vería las puntas de otras antenas. De esta forma, la telecomunicación era perfecta, e incluso podía realizarse a través del sistema láser.

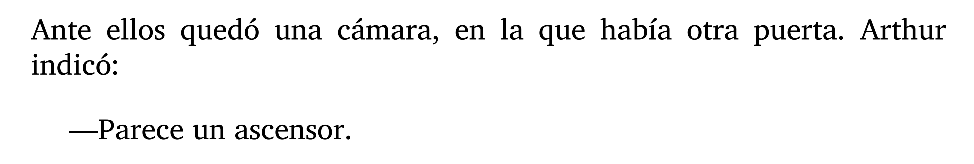
—Hay una cabina con una puerta —indicó Crystal.

—Vamos hacia ella —dijo Arthur.

La cabina estaba adosada a una de las patas, toda ella de oro, lo mismo que la puerta. No existía allí ningún rótulo, ninguna marca o ideograma que pudiera explicar algo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Walker Lin.

Arthur Sinclair estiró su mano hacia el pomo de la puerta, lo hizo girar y probó ligeramente. La puerta cedió hacia afuera con facilidad.



Ante ellos quedó una cámara, en la que había otra puerta. Arthur indicó:

—Parece un ascensor.

—¿Hemos de bajar? —se estremeció Walker Lin—. Puede ser un suicidio.

—¿Va a acompañarnos para explicarle al barón lo que vea o no?

—Creo que debería bajar el robot, primero.

Por su parte, Crystal opinó:

—Sí, podría ser mejor enviar al robot por delante; él nos advertiría si corremos peligro.

—De acuerdo. Metámonos en esta estancia, y enviaremos al robot abajo.

Se encerraron; seguramente, desde la Flash-Z23 les estarían vigilando,

Dentro de la cámara había una luz, que procedía del techo. Arthur Sinclair fue a empujar la puerta del ascensor, pero ésta se abrió automáticamente.

—Robi-7, utiliza el ascensor. Ve hasta el final, observa en derredor y luego regresa aquí.

—Orden computada, orden computada. Utilizo el ascensor, desciendo, observo y regreso para informar,..

Como solía hacer, el robot repitió la orden completamente. Se introdujo después en el ascensor y éste, automáticamente, se cerró. Robi-7 desapareció de su vista.

—Si lo están esperando abajo, se llevarán una sorpresa —comentó Walker Lin, más tranquilizado al haber enviado al androide por delante.

—Puede que si hay alguien inteligente abajo, se dé cuenta de que Robi-7 no es un humano, y aguarde a que tajemos nosotros.

—Debíamos haber venido armados —insistió Walker Lin, molesto.

—Venimos en son de paz, y si todo este oro. pertenece a alguien, el

barón Xarcok no se lo llevará.

— Conoces muy poco al barón; nadie se lo podrá impedir.

—Quizá se lo impidan los que están abajo.

Walker Lin miró con recelo la puerta cerrada del ascensor. Eran puertas de triple cierre hermético, que en aquellos momentos no dejaban ver absolutamente nada.

—Lo que me preocupa es que no nos entiendan y nos tomen por invasores —musitó Crystal.

Después de aguardar unos minutos, volvieron a abrirse las puertas. Apareció Robi-7, que comunicó.

—Todo en orden, todo en orden. Temperatura, diecinueve grados Celsius, gravedad uno, presión atmosférica setecientos sesenta y cinco milímetros.

Mientras el robot repetía los datos, Walker Lin, asombrado, exclamó:

—¡Abajo hay atmósfera!

—Sí, eso parece. Subamos todos en el ascensor.

—¿Por qué no advertimos antes a la Flash-Z23 de lo que vamos -a hacer? —preguntó Walker Lin.

—No nos oirían; nos hallamos dentro de una estructura de oro, que absorbería las ondas de telecomunicación, Es lo que les sucederá a los que están debajo de esta superficie de oro; por más mensajes que envíen, no se podrán recoger, salvo que emitan por la antena. Quienes quieran que sean, se hallan aislados bajo este caparazón de oro.

—¿Subimos ya? —preguntó Crystal.

—Sí, todos adentro —ordenó Arthur Sinclair.

Metidos ya en la amplia cabina, la puerta se cerró automáticamente, y el ascensor comenzó a descender, mientras la propia cabina se presurizaba.

A Arthur Sinclair, lo mismo que a Crystal y a Walker Lin, les habría gustado poder ver lo que había al otro lado de la cabina, pero ésta carecía de ventanas, y no había la más mínima fisura por la que poder

ver.

El descenso era de alta velocidad, y no tardaron en llegar al final del recorrido.

La cabina se detuvo y la puerta se abrió. La presión atmosférica era ya la misma que existía en el planeta Tierra; no obstante, Arthur Sinclair preguntó:

—Robi-7, ¿cuál es la composición de este aire?

El robot biónico emitió unos leves ruidos y dentro de él se encendieron varias lámparas. Al fin, dijo:

—Contenido del aire, 78’03 de nitrógeno, 20’99 de oxígeno, 0’035 de dióxido de carbono, 0’94 de argón, 0’00005 de hidrógeno y otros gases inertes, 0’0024.

Tras repetir un par de veces lo que había analizado, Robi-7 aguardó nuevas órdenes. Arthur Sinclair preguntó :

—¿Existen trazas de algún gas nocivo para los humanos terrícolas?

—Negativo, negativo, negativo.

Arthur Sinclair cerró el aire de su traje de supervivencia, y comenzó a desprenderse del yelmo.

—¿Qué hace? —inquirió, asustado, Walker Lin—, ¡El robot puede haberse equivocado!

—Tengo completa confianza en mi Robi-7.

Arthur Sinclair se desprendió del casco, que sostuvo entre sus manos, y respiró hondo.

—Parece que el aire es bueno.

—Yo. por si acaso, no me lo quito.

Crystal miró a Arthur, y también se despojó de su yelmo, mientras Arthur observaba en derredor y opinaba:

—Esto es fantástico, hay prados y arboledas, y allí abajo corre un río que va a una especie de lago. Nos hallamos al pie de la antena que traspasa el caparazón de oro.

—La plancha de oro está suspendida en el aire —observó la joven, asombrada.

—Sí, forma la bóveda o techo de este extraño astro. Calculo que el techo estará a unos doscientos metros por encima de nosotros.

—Pero ¿cómo puede sostenerse, si sólo se aguanta cogido a la torre de la antena? —preguntó Walker Lin, que se negaba a quitarse el casco de su traje de supervivencia.

—El planetoide es más pequeño de lo que suponíamos. Han construido este cascarón de oro que lo envuelve, y han debido crear una atmósfera artificial. La propia presión de esa atmósfera, repartida por la superficie del planetoide, sirve de sostén al cascarón de oro, manteniéndolo equidistante; pero, por si hubiera alguna variación, están las torres de las antenas que lo sujetan. En cierto modo, el planetoide sobre el que nos hallamos ahora flota dentro del cascarón de oro.

—Y si es tan pequeño, ¿cómo se explica la gravedad que tiene?

Arthur Sinclair se encogió de hombros.

—Pueden haber construido un aparato productor de fuerza centrífuga para colocarlo en el núcleo de este planetoide. Es posible que un sofisticado cerebro electrónico controle automáticamente estas funciones, y mantenga la gravedad constante.

—¿Quién puede haber construido algo semejante? —inquirió Walker Lin.

—Los mismos que han construido el techo de oro que envuelve todo el planetoide. Si han llevado a cabo una obra tan gigantesca, también han podido realizar otras obras del mismo calibre.

—Esto es como un paraíso artificial —se maravilló Crystal.

—No cabe duda de que han construido un ecosistema perfecto —opinó Arthur Sinclair—. Sobre un planetoide posiblemente muerto, han colocado pequeños soles artificiales, agua, luz, temperatura, presión, aire para respirar... No parece que falte nada.

—¿Crees que quienes han sido capaces de transformar un planetoide hostil y sin atmósfera no son originarios de aquí, sino que llegaron de alguna parte y construyeron todo esto para sobrevivir?

—Me inclino a suponer que sí. Es como si, utilizando el planetoide, hubieran construido la más perfecta nave espacial jamás soñada. Grande, con un perfecto ecosistema y donde seres como nosotros podríamos sentirnos a gusto, ejercitando nuestros músculos y desahogando nuestro espíritu.

—Es cierto —admitió Crystal—, Estar aquí no es como permanecer encerrada en una nave espacial. Esto es un pequeño paraíso protegido. Viajar en un planetoide como éste, convertido en nave espacial, ha de ser muy hermoso.

—Pero ¿dónde está la gente que debe vivir aquí? —preguntó Walker Lin, presintiendo que al barón Xarcok no iba a gustarle nada saber que el planetoide ya tenía propietarios.

—No lo sé, ya los encontraremos. De momento, yo me desprendo del traje espacial. Me estorba para moverme con ligereza, y aquí hay las mismas condiciones que en la Tierra,

—Yo no me lo quito, por si acaso —gruñó Walker Lin, que seguía mirándoles desde el interior de su yelmo espacial. Había conectado el altavoz exterior, a través del cual podía oírse lo que él hablaba, lo mismo que, por un sistema similar, él escuchaba a quienes le hablaban, sin llevar el telecomunicador puesto.

—Pues yo también me quito el traje —dijo Crystal, sintiéndose más liberada y ligera,

Dejaron los trajes junto a la puerta del ascensor de la torre metálica, que semejaba incrustarse en el techo de oro que reflejaba la luz de unos pequeños soles, distribuidos a lo largo y ancho de la bóveda.

— ¡Eh, no corran tanto, no puedo seguirles! —protestó Walker Lin, viendo que Arthur y la muchacha corrían sobre un suelo mullido de hierba.

Robi-7 aceleró su marcha, y se puso a la altura de la pareja.

Walker Lin les siguió corriendo como podía, embutido en su pesado traje.

Corrieron por el prado atravesando entre unos árboles en dirección al riachuelo que moría en un lago de intenso azul,

—¡Espera, espera! —pidió Arthur Sinclair al ver que Crystal se

disponía a beber de aquel agua.

—¿Crees que será mala?

—Un momento..., Robi-7, analiza el agua.

El robot biónico, que había llegado a su lado, respondió :

—Orden computada, orden computada...

Alargó un pie del que salió un tubo que introdujo en el riachuelo. Por el tubito absorbió una pequeña cantidad de agua que trepó por la pierna. Después, se quedó quieto.

Robi-7 invirtió en su análisis sólo el tiempo que Walker Lin tardó en reunirse con ellos.

—Agua potable, H_2O, con contenido de sales. Cloruro sódico...

—Basta, Robi-7, nos vale —le cortó Arthur Sinclair para que no les diera todo el contenido exacto.

Crystal, juguetona, lanzó agua a la cara de Arthur Sinclair y éste la persiguió.

La joven corrió, sin poder evitar ser alcanzada por el hombre.

—¡No, no! —gritó, riéndose, mientras él la levantaba entre sus poderosos brazos.

—¡Ya está bien de jugar! —se quejó Walker I.in.

—¡Al agua, patos!

—¡¡¡Aaaaahü!

Sin embargo, Arthur Sinclair no la lanzó al agua, sólo hizo un amago.

—Estamos aquí para explorar, no para comportarnos como si estuviéramos de vacaciones —siguió protestando Walker Lin.

—Vamos, Crystal, que éste se enfada. Robi-7, síguenos. .

—Orden computada, orden computada. Les sigo, ¡es sigo.

—¿Qué te parece, Arthur, vamos hacia esas rocas? Desde allí quizá

descubramos algún poblado, tiene que haberlos.

—Si hay un poblado, será muy funcional.

Fueron hacia las rocas que se elevaban una treintena de metros del nivel normal del suelo cuando, de pronto, Crystal se sobrecogió,

—¡Arthur, mira, mira!

—¿Qué ocurre? —inquirió Walker Lin, que siempre iba rezagado a causa del peso y la manifiesta incomodidad del traje espacial.

En el suelo, esparcidos, había huesos. Calaveras, costillas, fémures, tibias, falanges, rótulas... Había de todo y en cantidad, pero mezclado sin orden alguno.

Arthur se inclinó, y tomó una de las calaveras entre sus manos. La observó con atención.

—Es una calavera como las nuestras —dijo. Volvió a mirar en derredor—. Sin duda alguna, estos seres no murieron pacíficamente, y tampoco sus restos fueron respetados.

—¿Quiere decir que fueron atacados por alguien? —preguntó Walker Lin, que jadeaba.

—Sí, no cabe ninguna duda. Por la forma en que están colocadas estas osamentas, yo diría que fueron devorados por bestias rapaces o carroñeras.

Walker Lin sintió miedo, y miró en torno suyo, asustado, temiendo verse atacado por seres desconocidos.

CAPITULO IX

Fiero Santone se acercó a la puerta número 23 y la abrió con la llave magnética. Frente a él apareció la enfurecida humanidad del barón Xarcok, que bufó y gritó a un tiempo:

—¿Dónde está ese bastardo?

—Si se refiere a Arthur Sinclair, está en el planetoide.

—¿Y su androide?

—Se lo ha llevado consigo, y también a Walker Lin; dice que en representación de usted.

—Bueno, por lo menos, alguien le mantendrá vigilado.

—Crystal también se ha ido con ellos,

—¿Crystal?

—Sí.

—Pero ¿cómo? ¡Ella no es una cosmonauta!

—Arthur Sinclair se lo ha pedido, y la chica no se ha negado a seguirle.

—¿Por qué diablos se la ha llevado a ella?

—No lo sé, Arthur Sinclair no es un hombre que dé muchas explicaciones.

—¡A ese Arthur Sinclair le aplastaré, le aplastaré!

—Queda su amenaza de volar la nave,

—Eso es un farol que se ha echado. Si tenía una bomba, seguro que la lleva ese muñeco mecánico; ya me he dado cuenta de que lo utiliza para muchas cosas.

—¿Qué piensa hacer ahora, barón Xarcok? Según la Carta Magna del espacio, el comandante de una nave espacial es la máxima autoridad a bordo, y Arthur Sinclair le ha arrestado. Lo que estoy haciendo yo, al liberarle a usted, es convertirme en su cómplice.

—¿Mi cómplice? No te preocupes, Piero Santone, pronto serás tú el comandante en jefe de la nave, y podrás cambiar la orden.

—No podré cambiar la orden hasta que Arthur Sinclair haya muerto.

—Ese es un hecho que sucederá pronto.

—Cuidado, barón. Arthur Sinclair me ha advertido que ciertamente no ha colocado una bomba en la nave; en cambio, asegura que, si nos vamos sin él, algo dejará de funcionar, y lo pasaremos mal.

—Amenazas, amenazas, ésa es toda su fuerza. ¿No tenemos un

equipo de mantenimiento a bordo?

—Sí.

—Pues si se produce una avería, ellos la repararán. Si cedemos por miedo, nos tendrá siempre dominados, y quien manda aquí soy yo. ¡Todo, todo es mío y sólo mío! ¡Yo lo he pagado! —gritó, rojo de ira —, ¡Y también será mío este planetoide de oro!

—¿Cómo piensa apoderarse de él?

—Cuando elimine a Arthur Sinclair, seré el dueño absoluto. Enviaré un mensaje a la Confederación, y pediré la documentación pertinente como único explotador de todo este oro. Aunque tenga que entregar el setenta por ciento al Gobierno de la Confederación, el resto será suficiente para que multiplique por un millón la fortuna que .ya poseo actualmente.

—De acuerdo, barón Xarcok, pero hay que actuar.

—Actuaremos. Si me ayudas, te haré tan rico como ni siquiera hayas podido imaginar jamás que llegarías a serlo.

—¿Qué va a pedirme?

—¿Se ven cerca de la nave?

—No. Se han introducido por una puerta que estaba en la base de la antena de la torre, y han desaparecido; ya no tenemos ni señal. Si están bajo la capa de oro, las ondas de telecomunicación no pueden llegarnos.

—Entonces, hay que actuar.

—¿Cómo?

—¿Puedes dejar la nave a cargo de alguien?

—Sí. En realidad, está detenida, con los propulsores apagados. Sólo hay que conservar el mantenimiento, y no hay problema. Tengo a un par o tres de hombres que pueden encargarse de todo.

—Perfecto. ¿Llevan armas?

—¿Se refiere a Arthur Sinclair?

—Sí.

—No, no llevan armas, pero ya conoce a Robi-7. Es peor que un perro policía.

—Sí, ya conozco a ese maldito monstruo biónico. Yo mismo me encargaré de destruirlo. Cogeremos dos fusiles incinerantes, y nos iremos por ellos.

—¿Usted y yo?

—¿Quiénes van a ser, imbécil? Tú y yo. Necesito a un hombre de confianza que jamás pueda contar lo que ocurra, y tú eres ese hombre.

—¿Y Walker Lin?

—Tampoco hablará.

—¿Y Crystal?

—Ella, menos que nadie. Se trata de destruir al muñeco biónico, ese montón de chatarra que se hace llamar Robi-7, y desintegrar a Arthur Sinclair. No debe quedar de él más que cenizas. ¿Comprendido?

—Comprendido, pero eso no va a ser tan fácil.

—Les cogeremos por sorpresa.

—El robot nos detectará.

—Cuando lo haga, dispararemos contra él. Hay que destruirlo a él, primero, y si Arthur Sinclair no lleva armas, no tendrá salvación.. —Comenzó a sonreírse a sí mismo, a sus pensamientos, saboreando el triunfo de antemano—. Serás rico, Piero, muy rico. Cuando regresemos a la Tierra, podrás comprarte tu propia nave espacial, y no necesitarás trabajar para nadie.

A Piero Santone le brillaron los ojos de codicia, pero añadió:

—¿Podré quedarme con Crystal?

—¿Crystal?

El barón frunció el ceño; no pareció dispuesto a ceder en aquel punto.

—De eso ya hablaremos, ahora hay que coger los trajes espaciales.

Vamos, no hay tiempo que perder.

Piero Santone reclamó la presencia de sus hombres de confianza y les dio órdenes. de que no movieran la nave, y que se mantuvieran a la escucha, por si sucedía algo.

En el planetoide podían existir seres extraños; debían permanecer alerta y con las armas listas, por si aparecían súbitamente.

El barón Xarcok había llevado consigo su traje espacial personal. Tenía que ser forzosamente un traje hecho a la medida, no fabricado en serie, debido a la elevada estatura de aquel individuo y su voluminosa anatomía; pero en aquel traje no había dejado de insertar su fantasía, no era un traje vulgar.

Llevaba su escudo en el pecho, era como una gran moneda que para él significaba la fortuna. Por detrás, una gran capa cubría el proveedor de aire para la respiración. Ni aun así toleraba pasar desapercibido.

Se ajustó el yelmo, que tenía una especie de cresta metálica, con la que podía embestir y rasgar cualquier otro traje espacial, si se peleaba con alguien, en un momento difícil.

—Asegúrese bien, barón Xarcok; afuera no hay aire.

—No te preocupes, Piero, sé cuidarme y más, con esto. —Movió en su mano el poderoso fusil.

Piero Santone se vistió también con su traje espacial, y quedaron solos en la cámara de despresurización.

Aguardaron a que el aire fuera absorbido por las bombas de aspiración, y después se abrió, ante ellos, la puerta que conducía a la rampa.

El barón Xarcok parecía tener prisa por encontrar a su socio, al que ya consideraba su peor enemigo. Nadie se había atrevido a humillarle como lo había hecho Arthur Sinclair, al hacerle apresar por su robot biónico.

—¡Esto es fabuloso! —comentó, inclinándose sobre el suelo de gruesa plancha de oro, que golpeó con su puño,

—Parece un revestimiento.

—Si alguien ha utilizado el oro para hacer un revestimiento al planetoide, es que debe haber mucho. Vamos, ya habrá tiempo para apoderarnos de él.

Siempre hablándose por el telecomunicador que unía por ondas los respectivos cascos espaciales, avanzaron por debajo de la gran torre de la antena que allí habían levantado unos seres desconocidos. Se enfrentaron con la puerta, y Xarcok preguntó:

—¿Dices que por aquí han desaparecido?

—Sí.

—Sigámosles, es la forma de encontrarles.

El barón Xarcok no vacilaba; actuaba como un huracán devastador, sin retroceder. Era una de las razones que le habían llevado a hacer su incalculable fortuna que él quería multiplicar por un millón, en su insaciable sed de poder.

Cruzaron el umbral de la puerta. Al poco se introducían en el ascensor, que se puso en marcha automáticamente.

—Estamos descendiendo.

—Así es, barón. Por lo visto, la vida se desarrolla en este planetoide, bajo esta capa de oro que lo recubre como una coraza de protección.

—Esperemos que los seres que habiten este lugar no sean demasiados.

—¿Y si son muchos y belicosos?

—Les someteremos a nuestra voluntad.

—¿Cómo, barón?

—Llevamos bombas, y una sola es suficiente para abrir un boquete en este recubrimiento de oro, lo que seguramente sería catastrófico para ellos. O se someten o los destruimos.

—Podemos tener problemas con el Parlamento de la Confederación.

—¡Al diablo el Parlamento! El poder es lo que importa y, cuando tenga la fortuna que aquí se almacena, pagaré un ejército particular,



con el que me convertiré en el primer emperador de la Confederación Terrícola.

—¿Y el Parlamento?

—Desaparecerá.

Se abrió la puerta del ascensor, y se encontraron ante el mundo fantástico del planetoide, ante un paisaje conseguido artificialmente, pero que ya era tan natural como podía serlo cualquier paraje del planeta Tierra. Era un ecosistema perfecto, tierra, agua, aire, flora y fauna.

—¡Diablos! —se sorprendió Xarcok—, ¿Cómo habrán conseguido esto?

—No lo sé, pero la gravedad parece uno. Mire, dos trajes de supervivencia…

—¿Serán los trajes de Arthur Sinclair y de Crystal o Walker Lin?

—Posiblemente.

—Eso quiere decir que aquí se puede respirar libremente.

Miraron hacia el techo de oro, iluminado por pequeños soles artificiales.

—Quienesquiera que han conseguido crear este paraíso, en un planetoide que primitivamente pudo ser tan yermo como la Luna, deben tener una tecnología muy avanzada y una paciencia bíblica —manifestó Piero Santone, admirado.

—Sí, levantar ese techo de oro es una obra de titanes —admitió el barón—, pero ahora no hay tiempo para pensar en cómo lo lograron, hay que ir por ellos.

—¿Con los trajes espaciales? Son muy pesados, limitan los movimientos y dentro de pocos minutos estaremos cansados.

—Yo no me lo quito, por si acaso hay algún gas venenoso en suspensión o algún virus; tú haz lo que prefieras.

—Yo sí me lo quito, tendré más libertad de movimientos. Si ellos se lo han quitado, y no están aquí, quiere decir que el aire es respirable.

—Pues vamos aprisa. En cuanto les veamos, dispararemos contra ellos, pero, recuérdalo, primero sobre Robi-7. Es su única arma de defensa; sin ese maldito robot, está perdido.

CAPITULO X

—Atención, seres biológicamente vivos... Atención, seres biológicamente vivos —repitió Robi-7, mirando a un lado y a otro, cuando se adentraban por el centro del poblado que acababan de descubrir, un poblado en el que todo se conservaba perfectamente.

Las casas, de una sola planta, podía decirse que eran hermosas y nada opresivas. Aquello no eran las ruinas de una civilización carente de tecnología, pero todas ¡as casas tenían sus puertas abiertas, y también muchas de ¡as ventanas.

—¿Qué son, Robi-7? —preguntó Arthur Sinclair, mientras Walker Lin sudaba para no quedarse atrás.

Antes de que el robot respondiera, de una de las casas surgió un gran roedor, que se dispuso a cruzar la calle, mas de pronto quedó quieto en el centro de ella, erguido sobre sus dos patas traseras.

—¡Es una rata! — exclamó Crystal.

Efectivamente, era una rata, una rata gigante, que no pesaría menos de diez kilos.

Por evolución, había conseguido erguirse sobre sus patas traseras, convirtiéndose en un ser erecto, y si bien para correr utilizaba las cuatro patas, para avanzar a paso normal lo hacía sobre dos, e incluso podía decirse que sus patas delanteras habían evolucionado y más parecían manos humanas.

Pero eso no era todo. Aquel enorme roedor se les quedó mirando con unos ojos cargados de inteligencia, y Crystal no pudo evitar estremecerse. Aquella mirada le pareció maligna.

De súbito, la rata se alejó corriendo a cuatro patas y desapareció en el interior de otra casa.

Crystal preguntó:

—¿Por qué no la ha matado Robi-7?

—Quizá esa rata sea un ser de esta civilización —respondió Arthur, perplejo.

Walker Lin no fue de la misma opinión.

—Las calaveras que vimos no pertenecían a ratas. Es posible , que ellas hayan sido las que han destruido la civilización que levantó todo esto.

—De todos modos, no veo que hayamos de preocupar, nos, por el momento. Robi-7 está con nosotros y puede defendernos si nos atacan. Vamos hacia aquella especie de templo que hay en el centro de la explanada.

Mirando a un lado y a otro, recelosos, llegaron al templo que debió haber dominado aquella comunidad, habitada tiempo atrás.

El templo era espacioso, circular, en forma de cono; sobrecogía el ánimo. En su centro había un túmulo, al que se accedía mediante una escalera en espiral, que terminaba en un altar, sobre el que reposaba un libro encerrado en un gran estuche de oro.

—Aquí debían reunirse los que hicieron un paraíso de un planetoide yermo y hostil.

Arthur Sinclair comenzó a subir por la escalera en espiral y Crystal le siguió. Walker Lin, agotado por tener que moverse dentro del pesado traje espacial, dijo:

—Yo espero que bajen.

—Robi-7 se queda abajo también —le dijo Arthur Sinclair.

—Orden computada, orden computada. Mantengo vigilancia, mantengo vigilancia...

La escalera era amplia y sin baranda. Arthur se colocó en el lado que daba al vacío y tendió su mano a Crystal. Ambos subieron el uno junto al otro, como una pareja en busca de su futuro.

Llegaron a lo alto del túmulo, dentro de aquel gran cono que era el templo.

Las voces resonaban de forma fantasmagórica. Sobre el altar destacaba el gran estuche de oro.

—¿Qué será esto?

Arthur Sinclair abrió unos cierres y extrajo un libro grande y pesado. Las hojas parecían de un material sintético e indestructible, a juzgar por lo bien que se conservaba.

—Es emocionante, Crystal, parece la historia de esta civilización,

—No comprendo este lenguaje.

—Está en ideogramas, pero para nuestra suerte hay muchos dibujos. Fíjate, éste es nuestro sistema solar, con el Sol en su centro; no son tan extraños.

—Arthur, Arthur, señalan especialmente el tercer planeta...

—Sí, es como si dieran a entender que también son terrestres, sólo que han dibujado tres lunas y sólo tenemos una.

—Pudo ser muy remotamente, ¿no?

—Sí, eso parece. Todos los restos arqueológicos hallados en nuestro planeta indican que existieron civilizaciones ya desaparecidas, que tuvieron una ciencia muy avanzada; quizá ésta fue una de ellas.

Vieron mapas del planeta Tierra, mapas que tenían ciertas diferencias. El continente americano estaba más próximo a Europa y, en medio, aparecía otro continente alargado, al que se daba mayor importancia en los grabados.

—¿Serían los atlantes?

—No lo sé, Arthur, pero es emocionante. Fíjate, los dibujos parecen indicar que dos lunas querían caer sobre e! planeta, y que unas naves escaparon al cataclismo.

Había mucha más historia, pero a ellos les interesaba especialmente encontrar el porqué y el cómo habían abandonado la Tierra.

—Hay que estudiar bien este libro, en él encontraremos la explicación de cómo las naves que escaparon de la. Tierra huyendo del cataclismo encontraron este planetoide y lo habilitaron para reanudar la vida en él durante un ciclo. Si llegaron a este planetoide y lo convirtieron en lo que es, tuvieron que ser verdaderos titanes.

—¿Y en qué tiempo crees que debió ocurrir todo esto?

—No lo sé, estudiando el libro lo averiguaremos. Posiblemente, ellos, de alguna forma, dieron impulso al planetoide para que viajara en elipse por el cosmos, de tal modo que un día pudiera regresar al planeta de donde eran hijos, su tierra prometida. Quizá quienes tenían que regresar a la Tierra eran los últimos descendientes de casi incontables generaciones. Para ellos, este libro sería como su Biblia; hablarían siempre de su pasado terrícola y de sus deseos de volver a la Tierra.

—Pero no han podido; por lo visto, han desaparecido todos.

—Debieron construirlo todo para que funcionara automáticamente. La pila nuclear que da energía a todo esto, incluso a los soles que brillan en este cielo artificial de oro, debe estar sepultada en el subsuelo del planetoide. Todo perfecto, pero ellos no han conseguido volver a ver su tierra prometida, es decir, nuestro planeta Tierra, del que todos procedemos.

—Es cierto. ¿Cuál habrá sido la causa?

—¡Atención, atención, seres biológicamente vivos se acercan! Sistema defensivo físico conectado, sistema defensivo físico conectado… —advirtió Robi-7, mientras sus luces rojas comenzaban a parpadear sobre su cabeza de cristal.

Walker Lin miró hacia la entrada del templo. De pronto, en el umbral aparecieron el barón Xarcok, con su fantasioso traje espacial y a su lado Piero Santone, que semejaba insignificante. Ambos iban armados con sus fusiles.

—¡Todos quietos! —gritó el barón Xarcok a través del altavoz que llevaba en su casco espacial.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Walker Lin, asustado al ver las armas.

El barón Xarcok disparó su fusil contra Robi-7 cuando, estúpidamente, Walker Lin se interpuso entre ambos y recibió el impacto del rayo incinerante. Se inflamó, produciendo como un pequeño estallido, y se fundió hasta quedar reducido a cenizas.

Robi-7, ante el ataque del que acababa de ser objeto, alargó sus dedos y disparó sus letales rayos, alcanzando al barón Xarcok.

—¡¡Noooö —gritó Arthur desde lo alto del altar construido en piedra y en forma de montículo.

El barón Xarcok sufrió unos violentos calambres y el fusil se desprendió de sus manos, mientras miles de voltios recorrían su cuerpo, pese al traje de protección.

Piero Santone disparó contra Arthur Sinclair, quien, al ver que le encañonaban, había tenido la precaución de levantar, a modo de coraza, el pesado libro, que recibió el impacto del rayo incinerante.

El libro se inflamó. Arthur Sinclair lo soltó y, ardiendo, el preciado libro, conteniendo la historia de aquella desconocida civilización, cayó desde lo alto.

De pronto, por detrás de Piero Santone aparecieron no menos de veinte ratas gigantes, que se abalanzaron sobre él. Cogiéndole desprevenido por la espalda, le hundieron sus grandes incisivos en el cuerpo.

—¡¡Agggü

Fiero se revolvió, lleno de dolor. Pronto quedó sepultado por los roedores gigantes, que se habían lanzado furiosamente contra él.

—¡Dios mío, qué horror! —gritó Crystal, que no quería ver lo que sucedía.

Robi-7 siguió disparando sus rayos y Arthur Sinclair pudo ver cómo las enormes ratas saltaban por los aires al acusar el impacto de los millares de voltios.

Robi-7 consiguió eliminar a más de diez. Las otras huyeron,, dándose cuenta de que el robot biónico (para ellas otro terrícola) era demasiado peligroso,

Arthur Sinclair se precipitó escaleras abajo, descendiendo siempre en espiral, de forma que casi mareaba. Al fin, cuando llegó junto a Robi-7, le ordenó:

—¡Síguenos y protégenos!

—Orden computada, orden computada… Sistema defensivo físico conectado, sistema defensivo físico conectado.

Crystal se unió a ellos y, cuando llegaron junto a Piero Santone, éste agonizaba, bañado en un charco de sangre. Todo él era un montón de penetrantes heridas.

—Que...que...quería matarte... Arthur... —Y torció la cabeza, expirando.

Crystal se inclinó sobre el barón Xarcok, que estaba muerto también.

—Lo siento —le dijo Arthur—. Robi-7 no ha podido hacer otra cosa.

—Lo sé, lo sé —dijo, muy compungida.

—Sabía que era tu padre.

—¿Lo sabías? —preguntó, muy sorprendida, mirándole a los ojos.

—Sí, lo sabía. Robi-7 es un magnífico espía. Oye a distancia, y tengo unas cintas magnéticas grabadas de algunas conversaciones entre tú y él —señaló al barón muerto—. Sé que tú eras la espía en el centro de control de las fuerzas espaciales de la Confederación. Por ti supo que se había descubierto el planetoide, por ti supo dónde cenaríamos aquella noche y, a través de ti, me provocó para que me sintiera celoso. Te llevó a bordo de la Flash-Z23 para que yo siguiera adelante, y te ha estado utilizando todo el tiempo, lo sé.

—Siento vergüenza de mí misma por haber seguido todo este juego, pero él me lo pedía.

—Comprendo que no te pudieras negar.

—El me aseguró que era mi padre y que tenía otras hijas, como yo, fruto de sus amores juveniles con varias mujeres.

—Quizá no fuera realmente tu padre y, conociendo tu ficha, llegara a hacértelo creer; pero ahora, ¿qué importa ya? Coge el fusil, hay que salir de aquí, y esas ratas gigantes nos están acechando.

Cada uno cogió un fusil, y Robi-7 avanzó detrás de ellos, saliendo los tres del templo.

—¡Arthur, mira, qué horror!

La calle se había llenado de roedores, que les miraban con ojos malignos y temiblemente inteligentes. Los había a cientos, quizá a millares.

—Ya no cabe duda... Estas ratas terminaron con esta civilización que, viajando por el espacio, ansiaba regresar a su tierra prometida, a

su planeta Tierra. Ellos debían tener el control de natalidad perfectamente regulado, no así las ratas, que se multiplicaron, se hicieron resistentes y ganaron la batalla.

—Tengo miedo, Arthur, no llegaremos nunca a la nave,

—Lo intentaremos, Crystal. Esperemos que en nuestra nave no se meta ninguna de estas ratas, como debieron introducirse en las naves de los terrícolas que llegaron hasta aquí. Dispararemos contra ellas y mataremos a unas cuantas para mantenerlas a raya.

Dispararon sus fusiles incinerantes y una docena de las gigantescas bestias quedaron reducidas a cenizas, tras abrasarse en medio de una luz vivísima. Por su parte, Robi-7 contribuyó a la matanza de roedores, enviándoles sus millares de voltios electrocutantes.

— ¡Ahora que nos hemos abierto camino, adelante!

Avanzaron por encima de los cuerpos carbonizados. El resto de las ratas se había retirado prudencialmente, pero no se habían alejado en desbandada. No les temían del todo para dejarse llevar por un pánico colectivo.

Había ratas por todas partes, en la calle, en las puertas de las casas, asomándose por las ventanas... Parecían haber acudido a una apremiante llamada de combate.

Mientras se alejaban, tuvieron que hacer más disparos para impedir que se acercaran demasiado y también dispararon sobre ellas, cuando trataban de cerrarles el paso; sin embargo, por más roedores gigantes y erectos que mataban, siempre aparecían más.

—¡No lo conseguiremos, Arthur!

—Ten confianza, Crystal, hemos de abrirnos paso. Los desconocidos seres que vinieron aquí, y que llegaron a dejar mensajes grabados para que periódicamente fueran lanzados al aire, no debieron darles a estos roedores la importancia que tenían, o quizá crecieron desmesuradamente en este ecosistema artificial.

En varias ocasiones estuvieron a punto de que los roedores saltaran sobre ellos.

Arthur Sinclair disparaba, matándolos a docenas, lo que no parecía intimidar demasiado a la repugnante masa gris parduzca que les seguía implacable, como segura de que al final terminarían

venciendo.

Robi-7 seguía haciendo saltar a las ratas por el aire con sus disparos de millares de voltios. No dejaba de avanzar y, de esta forma, al fin divisaron la torre de la antena y llegaron junto a ella.

—Crystal, mete los trajes espaciales en el ascensor, aprisa. Mientras, yo las mantendré a raya.

Crystal recogió los trajes, mientras Arthur Sinclair y Robi-7 disparaban contra las alimañas, impidiendo que se acercaran.

Algunas de ellas trepaban con suma facilidad por el andamiaje de la torre, como si se dispusieran a abalanzarse sobre ellos. Cuando Arthur Sinclair alzó la mirada, por encima de él había más de cien.

—¡¡Adentro!!

Se introdujeron en la cabina del ascensor cuya puerta quedaba bloqueada al ponerse en funcionamiento. Los roedores forcejeaban, tratando de abrirla o trepaban por el andamiaje de la torre, siguiendo a la cabina del elevador.

—¡Aprisa, Crystal, vístete!

Consiguieron vestirse cuando ya la cabina se despresurizaba. Al fin, llegaron a lo alto y salieron del ascensor.

Todo allí era distinto. Frente a ellos estaba el hermoso cielo plagado de estrellas, que no podían ver las ratas, y también la nave Flash-Z23, hacia la cual se dirigieron.

* * *

Tras librarse de su órbita, vieron alejarse al planetoide de oro que lanzaba aquella llamada del cosmos que un día captara Arthur Sinclair, a través de los complicados mecanismos de su Robi-7.

El planetoide forrado de oro proseguía su ruta hacia el Sol; no se encontraría con el planeta Tierra, pues, a lo largo de los cientos de milenios, la Tierra había variado ligeramente su órbita en torno al Sol.

—¿Nadie lo detendrá? —preguntó Crystal, junto a Arthur Sinclair, en la cabina de mando de la Flash-Z23, viendo alejarse al planeta que, bajo la capa de oro, contenía un perfecto ecosistema, lamentablemente infestado de roedores belicosos y asesinos.

—No, acabará fundiéndose en su viaje hacia el Sol.

—¿Qué haremos ahora?

—Comunicar al Gobierno de la Confederación que el planetoide se dirige hacia el Sol, donde desaparecerá con todo lo que contiene. Ha sido una pena la destrucción del libro que contenía la, historia de los que fueron nuestros antecesores en el planeta Tierra.

—El pasado fue muy importante, pero el futuro tiene que ser mejor —le dijo Crystal.

Rodeándole el cuello con sus brazos, le besó en la boca. Nadie les molestaba, su rumbo era el planeta Tierra.

FIN